



la muerte color de lluvia

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



SILVER KANE

LA MUERTE COLOR DE LLUVIA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 672
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 55.776 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1975

© SILVER KANE, 1975

texto

© MIGUEL GARCIA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1277 — Una dulce canción en el infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre

En Colección BRAVO OESTE:

738 — Pídele dinero al muerto.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

661 — La muerte pidió un empleo.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

269 — La ciudad maldita.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

17 — Mis amigos me llaman El Hiena.

CAPÍTULO PRIMERO

Mónica despertó sobresaltada, con la sensación de que una mano invisible le iba apretando la garganta implacablemente, hasta dejarla sin respiración.

Intentó saltar de la cama, pero se dio cuenta de que los músculos no la obedecían.

Un frío sudor bañaba su cuerpo. Una terrible sensación de debilidad le embargaba. En su cerebro todavía embotado por el sueño penetró sin embargo el pensamiento de que nada de aquello era realidad: de que todo era producto de una pesadilla y sobre todo del miedo..., del miedo... DEL MIEDO.

Abrió mucho los ojos.

O, mejor dicho, creyó que los había abierto.

Todo era confuso. Todo se amontonaba en su cerebro tan castigado que no sabía distinguir la realidad de la pesadilla. Hubo de hacer un esfuerzo terrible, patético, para darse cuenta de que aquello podía ser verdad.

Tenía que serlo.

Las figuras estaban allí.

Pero una de las figuras correspondía a tío Patrick, el bondadoso tío Patrick, incapaz de hacer daño a nadie. Y la otra figura era la de tía Evelyn.

Mónica tenía la sensación de verlas muy bien.

Se movían ante la cama.

Pero a partir de aquí todo se hacía borroso, desesperado e incierto. Porque no podía ser que tío Patrick estuviera manejando un cuchillo contra tía Evelyn. Sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que..., ¡de que ésta LLEVABA DOS AÑOS MUERTA!

Mónica se llevó las manos a los ojos.

Aquella era una pesadilla imposible de soportar. Todo aquello estaba más allá de lo que sus nervios podían resistir. Chilló

desesperadamente.

Y vio el fulgor del acero.

Vio el brillo de la sangre.

Estaba segura de que tía Evelyn acababa de chillar también.

Con sus últimas fuerzas pedía socorro. Pedía desesperadamente ayuda al infinito.

El cuchillo acababa de penetrar en su corazón. Salió otra vez tinto en sangre. Volvió a buscar ansiosamente a su víctima.

Tía Evelyn dio una vuelta sobre sí misma.

Los brazos giraron angustiosamente en el aire. Cayó.

Un segundo después se estrellaba contra las baldosas.

Sobre éstas empezaba a resbalar la sangre.

Tío Patrick, con el cuchillo aún en la mano y los ojos espantosamente rojos, giró sobre sí mismo para mirarla a ella, a Mónica. Pareció ir a avanzar. *No parecía el mismo*. Dio la sensación de que con la hoja de acero iba a segar su garganta.

Mónica ya no pudo resistirlo.

Todo aquello era peor que una pesadilla.

Porque ella se estaba apretando el cuello y sentía el dolor de sus propias uñas. Porque se daba cuenta de que AQUELLO ERA VERDAD.

No soñaba.

De otro modo no hubiera sentido las uñas clavadas en su cuello...

Volvió a mirar los ojos febriles de tío Patrick. Se dio cuenta de que él avanzaba hacia la cama.

Y entonces Mónica ya no pudo resistirlo. Emitió un gemido largo y gutural en el que parecieron agotarse todas sus energías.

Y perdió el sentido.

Quedó quieta, doblada sobre la almohada, con la boca torcida en un último espasmo de miedo.

Sabía que iba a morir...

CAPÍTULO II

—Despierta, Mónica. Parece que has pasado muy mala noche. Despierta...

Ella se revolvió mientras arañaba las sábanas y tocaba su propio cuerpo bañado en sudor. Lo primero que pensó fue que se encontraba en el Más Allá y que aquello que sentía era lo que se siente después de la muerte, eso que nadie puede narrar porque nadie vuelve para contarlo. La certidumbre de la muerte fue tal que incluso dejó de tocarse por miedo de sí misma.

Hay instantes en que el propio cuerpo *puede asustar*.

Y eso fue lo que le ocurrió a Mónica mientras lanzaba un gemido. Pero aquel gemido lo oyó. Y se dio cuenta de que lo había lanzado ella, por lo cual las sensaciones de cada día volvieron a cada minuto con más fuerza.

—Despierta... Despierta...

Le ponían el borde de un vaso en los labios.

Bebió con un estremecimiento.

El vaso contenía un licor muy fuerte y que llegó hasta su estómago como un chorro de fuego. Mónica se puso a toser.

Pero al menos aquello le había hecho un definitivo favor. Se daba cuenta de que vivía.

Todo aquello no podía ser irreal. No era un sueño ni una pesadilla.

Volvió a tragar y se sintió mejor.

Miró ante ella.

Vio los ojos bondadosos de tío Patrick.

Sus manos que le tendían el vaso.

Pero aquellas manos eran las mismas que ella había visto empuñando el cuchillo, aquellos ojos eran los mismos que ella había visto inyectados en sangre.

Inició un gesto de retroceso.

Tío Patrick musitó:

—¿Qué te pasa?

—Es que yo... no... Es que...

Le era imposible hablar. Tío Patrick, con sus sesenta años auestas, pero conservado aún como un hombre joven, sonrió de una forma condescendiente y la envolvió en su mirada bondadosa.

—Ya me doy cuenta —musitó—. Has sufrido una pesadilla.

—¿Es que... he gritado?

—Sí. Por eso he entrado —dijo él mientras se abrochaba mejor su bata de casa—. Gemías y gritabas mucho. ¿Qué te sucede?

Ella pensó que no podía contarle. Que no podría contarle nunca.

Pero tío Patrick insistió:

—¿Qué te sucede?

—He..., he visto cómo..., como...

—No te interrumpas. ¿Por qué vas a tener miedo de contar una simple pesadilla? Todos las hemos sufrido alguna vez. Vamos, sigue...

—He visto cómo matabas a tía Evelyn —dijo Mónica de pronto, disparando de un golpe toda su terrible presión contenida—. La apuñalabas en el corazón en este mismo dormitorio.

—¿Delante tuyo?

—Sí...

Tío Patrick hizo un gesto condescendiente.

—Vamos, pequeña... ¿Y dónde caía el cadáver?

—Casi a los pies de la cama.

—¿Sangrando?

—Claro...

Tío Patrick suspiró con resignación.

—Creo que el que va a necesitar un trago soy yo —dijo.

Y bebió lo que quedaba en el vaso. Gracias a ser un licor muy fuerte, el color volvió a su cara y pareció recobrar las fuerzas. Mirando bruscamente a su sobrina, dijo:

—Siéntate en la cama.

—¿Qué dices?

—Que te sientes en la cama, mujer... Y mira en torno tuyo.

Mónica lo hizo. Lo primero que distinguió con perfecta claridad era que las baldosas estaban limpias e inmaculadas. No había en ellas ni una mancha de sangre.

Por descontado, tampoco había cadáver.

El dormitorio tenía el ambiente confortable y limpio que había tenido siempre. Cualquier idea de crimen cometido allí había de desecharse en seguida por absurda. Los cuadros colocados en su sitio no habían sido tocados, a pesar de que Mónica había visto cómo tía Evelyn, al caer, descentraba uno. Las cortinas tenían esa calma perfecta de los lugares distinguidos. La puerta de roble estaba cerrada.

Todo tenía el mismo aspecto inmaculado que tenía cuando ella se acostó, justo a las doce de la noche.

Lo único que había variado era la ventana, pero no porque la hubiese tocado nadie. La ventana estaba intacta y lo que había variado era el mundo exterior: llovía a cántaros. Fuera se oían los lejanos truenos de una tormenta. El agua resbalaba de tal forma por los cristales que parecía una auténtica catarata, impidiendo ver apenas a una docena de pasos. Era la tempestad más violenta que recordaba haber visto la muchacha. Bueno, aunque en realidad ya se sabe que la última tempestad fuerte que vemos es la que nos parece más importante de todas las que hemos visto en nuestra vida.

Mónica se llevó un momento los dedos a los ojos.

Y musitó:

—¿Cómo ha podido cambiar el tiempo en tan pocos minutos?

—Porque las tormentas descargan a veces de una forma repentina, como un disparo. Vistas y no vistas. ¿Te sientes mejor, Mónica?

—Parece que sí...

—¿Cómo sabes que han transcurrido sólo unos minutos? ¿Cómo sabes que antes hacía buen tiempo aquí?

—Lo de los minutos lo sé por el despertador —susurró ella—. Me he acostado a las doce en punto.

—¿Y qué?

El reloj me tenía que despertar a las tres para tomar las pastillas que me recetó el médico. Me ha despertado, efectivamente. Ha sido justamente entonces cuando os he visto a ti y a..., a tía Evelyn.

—Por favor, qué tontería...

—Lo comprendo. Demasiado sé que tía Evelyn está muerta.

Miró hacia el despertador y murmuró:

—Ahora son las tres y seis minutos. Contando con que la escena que he imaginado haya durado un minuto o dos, he estado sin conocimiento unos cuatro minutos más.

—Razonas muy fríamente —dijo tío Patrick—. Eres una chica admirable.

—Siempre he razonado fríamente.

—Pues entonces tranquilízate. Siendo así, comprenderás que en cuatro minutos no he tenido tiempo de llevarme el cadáver de tía Evelyn. Y mucho menos de limpiar las manchas de sangre y encima prepararte algo de beber.

La voz del hombre era un tanto burlona. Mónica se dio cuenta de lo absurdo de la situación y dijo con voz velada:

—Perdona, tío Patrick.

—¿Por qué he de perdonarte? Nadie tiene la culpa de sufrir pesadillas. Pero ésta me parece tan grave que quizá deberías visitar a un médico.

—Sabes que..., que los médicos no me gustan.

—¿Por qué?

Y de pronto tío Patrick, como si se diera cuenta de que acababa de cometer un error, susurró:

—Perdona. No recordaba a tu madre.

—¿Crees que..., que puedo sufrir lo mismo que ella? —Presunto la muchacha con voz ahogada.

—No... ¿Por qué he de suponerlo? Además, lo de tu madre tampoco es grave. Unas manías, unos desvaríos... En fin, no hay que dar demasiada importancia a una pesadilla que ya ha pasado y no volverá. Yo te diré lo que debes hacer: dormir tranquilamente y no preocuparte de nada más. Mañana todo pertenecerá al siglo XIX. Lo habrás olvidado por completo.

Mónica asintió.

Se sentía avergonzada de sí misma por haber tenido aquella absurda pesadilla.

—Tienes razón —murmuró— pero..., pero la tormenta me impide dormir.

—¿Has tomado las pastillas que te recetó el médico?

—No, aún no.

—Pues tómalas. Ya sabes que te ayudan a descansar. Aquí las tienes.

En efecto, estaban sobre la mesilla. El tic-tac del despertador resultaba tranquilizador y confortante. Aquel ambiente amable y hogareño daba la sensación de volver a puerto seguro después de una horrible tormenta.

Mónica tomó las pastillas y pronto quedó dormida. Tío Patrick cerró la puerta poco a poco después de salir.

La calma volvió al dormitorio donde descansaba Mónica.

Un dormitorio donde nunca había ocurrido nada.

Donde jamás habían existido unas manchas de sangre.

CAPÍTULO III

El muerto de hambre Taylor Flint entró en el *drug-store* del cruce de carreteras y se encaró con el dueño, Gordon Flatt, que estaba despachando un bocadillo.

Taylor Flint le miró con envidia.

—¿Qué? —dijo Gordon Flatt—. ¿Apetito?

—Hombre, no...

—Pues ¿por qué miras?

—Simple curiosidad por ver cómo masticas. Tienes una dentadura magnífica.

Eso no era cierto, porque Gordon Flatt tenía la mitad de los dientes de oro y la otra mitad cayéndosele de puro roídos. Por eso miró a Taylor Flint con más desconfianza que de costumbre y susurró:

—No habrás venido con la absurda pretensión de desayunar, ¿eh?

—Oh, no...

—Porque si quieres pedirme algo vas dado...

—No he venido a desayunar —dijo Taylor Flint con un cierto resto de dignidad que no sabía de dónde había sacado—. Sólo quiero que me entregues mi máquina de escribir eléctrica. Dije que la dejaras aquí después de repararla.

—Ah, sí. La han dejado.

—Pues dámela. La necesito para poder trabajar y ganarme la vida.

Gordon Flatt rió mefistofélicamente mientras terminaba su bocadillo.

—Nanay, hermano —dijo.

—¿Por qué nanay?

—Porque tú me debes unos ochenta dólares de comidas que has hecho aquí, que no has pagado y que no piensas pagar. Por lo tanto

la máquina eléctrica me la quedo como garantía. Cuando aflojes la mosca, te la devolveré con mucho gusto. Mientras tanto, en virtud de la ley de Préstamos y Arriendos del año 1941, me la quedo.

—¿Pero qué ley de Préstamos y Arriendos ni qué año 41? ¡Eso es de la época de Roosevelt! ¡Y fue un tratado para poder entregar armas a Inglaterra durante la guerra mundial! ¡No tiene nada que ver conmigo! Además, necesito la máquina, ¿sabes? Si no puedo escribir y no puedo ganar dinero, ¿cómo podré pagarte?

—Es que escribiendo tampoco ganas dinero, de modo que no vas a poder pagarme de ninguna manera. Y al menos la máquina eléctrica vale lo que me debes. Por lo tanto, me la quedo. ¡Fuera!

Y se preparó otro bocadillo con una serie kilométrica de frankfurts y al menos media libra de mostaza.

Taylor Flint gimió:

—¡No puedes hacerme eso, muchacho! ¡Tú y yo somos amigos de toda la vida!

—Nos conocemos desde hace dos meses.

—Bueno, pues amigos desde hace dos meses... Pero ya sabes que soy un hombre de fiar. No puedes condenarme a que me quede sin trabajo...

—Estás ya sin trabajo, de modo que no te quito nada.

Taylor Flint hizo un gesto de desesperación.

Y entonces sonó la voz tranquila a su espalda:

Buenos días, Flatt. ¿Qué es lo que debe este hombre?

Flatt volvió la cabeza y se olvidó hasta del bocadillo.

Porque había que ver lo que tenía allí. Uno se sentía caníbal ante una mujer de tanta clase.

Esbeltas, largas y llenitas piernas.

Caderas anchas.

Suculenta delantera.

Cuerpo, en fin, que parecía el anuncio de una película «porno».

Y eso por no hablar de los labios golosos, de los ojos profundos, del pelo sedoso y largo, cayendo sobre los hombros.

También Taylor Flint, muerto de hambre titular de la pequeña localidad, había visto aquello. Y estaba admirado. Sus anchos y poderosos hombros sufrieron un leve estremecimiento al encontrarse ante una chica tan apetitosa. Y no en términos culinarios precisamente.

Flatt dijo servilmente:

—Hola, señorita Mónica. Buenos días, señorita Mónica. ¿Va a desayunar? ¿Lo de siempre?

—Primero quiero saber lo que debe este hombre.

—Lo he dicho antes. Unos ochenta pavos.

—De acuerdo. Cárguelos a mi cuenta y dele su máquina. Toda persona tiene derecho a trabajar.

—Como quiera, señorita Mónica.

Ella fue a alejarse hacia su mesa habitual, cerca de la ventana desde la cual se divisaba la curva del río.

Ya no prestó más atención a Taylor Flint, como si éste hubiera dejado de existir repentinamente.

Pero el joven se acercó a ella con expresión desconcertada. Aunque el traje ya era algo viejo, le sentaba bien. Realmente a los tipos como Taylor Flint les sienta bien cualquier cosa, porque todo depende de la arquitectura de los hombros, de la esbeltez de la cintura y la longitud de las piernas. En este sentido lo tenía todo, pero ya se sabe que la felicidad completa no existe: en cambio era un muerto de hambre.

—Señorita Mónica —dijo.

Ella le miró a distancia y fríamente.

—¿Qué?

—Me llamo Taylor Flint.

—Lo he oído.

—Pretendo decirle que no puedo aceptar su oferta de ninguna manera. Nunca he aceptado ayuda de las mujeres.

—Y así le va.

—No me va mal del todo —dijo él, queriendo sacar del fondo de sí mismo una dignidad que ya se había comido—. Tengo un prestigio.

—¿Como qué?

—Como detective privado.

—Ah...

Y como escritor.

—Vaya...

—Parece que no me cree, señorita Mónica. En fin, gracias por su oferta, pero olvídela. Ya me las compondré de otro modo.

—No sea idiota.

—¿Qué ha dicho?

—No sea idiota y siéntese a desayunar conmigo.

Taylor Flint vaciló.

Tenía dos opciones.

Una, partirle la cara.

Dos, sentarse a desayunar con ella.

Se sentó a desayunar con ella.

Pero, eso sí, diciendo antes:

—Debería partirle la cara...

—¿A qué se dedica usted realmente? —preguntó Mónica como si no le hubiera oído—. ¿Cómo puede ejercer de detective privado en esta pequeña población?

—No, no ejerzo. Yo trabajaba en Washington, pero las cosas no me fueron del todo bien. Complicaciones políticas y líos con gente poderosa, ya puede imaginarlo. Tuve que dejarlo y entonces acepté escribir la historia de los últimos casos en que había intervenido.

—No me diga que no se la han pagado...

—No. El editor se declaró en quiebra.

—¿Y qué hizo usted?

—Otro editor me contrató para que escribiese la historia de la quiebra del primero.

—¿Y a ése cómo le va?

—No sé; de momento no paga.

—Lo cual quiere decir que quizá se declare en quiebra también.

—Es posible, pero entonces buscaré a un tercer editor para escribir la historia de la quiebra de los otros dos. No he perdido la esperanza.

Y se dispuso a comer, tan optimista como si no hubiera pasado nada. Realmente tenía buen apetito, y motivos no le faltaban para ello. En cambio, la muchacha apenas probó lo que le servían.

—¿Qué le pasa? —preguntó Taylor Flint—. ¿No le gusta?

—Claro que me gusta. Es lo mismo que desayuno todas las mañanas. Pero hoy no tengo apetito.

—Pues qué lástima. Oiga... No va a dejar que se pierda, ¿eh?

—No. Cómalo usted.

Taylor Flint no perdió la oportunidad. No sabía cuándo iba a poder comer caliente otra vez, de modo que arrambló con todo. Eso sí, se notaba que era un hombre fino (o al menos lo había sido)

porque comía con elegancia. Pero estaba tan absorto en su importante tarea que no se dio cuenta hasta que hubo terminado de que la chica se había largado poco antes.

Flatt vio su mirada de apuro.

Gruñó:

No te preocupes, ya lo ha pagado.

—¿Por dónde ha ido?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para darle las gracias. Y para preguntarle si mañana va a volver otra vez.

—Pues ha ido a Black Hill. Va allí con frecuencia. Pero más vale que no te acerques, ¿sabes? Es peligroso...

Taylor Flint cerró un momento los ojos.

Black Hill. La colina negra.

Sabía que era necesario un pase especial para entrar allí. Y que, en cambio, no hacía falta ningún pase para salir, porque a veces se salía muerto.

Bruscamente sintió que el desayuno se le iba a indigestar.

Pero salió silenciosamente tras las huellas de la muchacha, mientras le parecía que la luz del día se había ido haciendo más opaca.

CAPÍTULO IV

Mónica tomó su magnífico vehículo, un «Ferrari» de importación, y ascendió como en un soplo a lo alto de la Colina Negra. Una vez allí miró en torno suyo, dejando el descapotable entre los oscuros abetos que daban su nombre al lugar, mientras la recorría un estremecimiento de frío. El paisaje era magnífico, con la gran curva del Potomac al fondo, pero allí se tenía una sensación de desolación y de frío. Contribuía a dar aquella sensación el edificio de piedra sólida y oscura, casi una auténtica construcción medieval, que la muchacha tenía a su espalda.

Lanzando un suspiro de resignación, como si hubiera necesitado tomar aliento antes de entrar en la casa, la muchacha volvió a poner en marcha el «Ferrari» y se acercó a la verja de hierro que cortaba el camino. Toda la construcción estaba rodeada por aquella verja, que limitaba el gran jardín natural como si fuese una cárcel. Un guardia armado le dio el alto.

Mónica mostró el pase consistente en una ficha perforada. El guardián la introdujo en una máquina y esperó la conformidad. A pesar de que conocía muy bien a Mónica, no podía omitir aquello. Cuando se encendió junto a la puerta una lucecita verde, sonrió, devolvió la ficha y dejó pasar a la muchacha.

Ésta no miró la placa de bronce junto a la entrada. La conocía de memoria:

FUNDACIÓN BABELKIAN PARA ENFERMOS MENTALES PELIGROSOS. 1962

Ése era el año de la reforma del viejo edificio para transformarlo en uno de los manicomios más herméticos de los Estados Unidos.

El «Ferrari» siguió a poca velocidad por el camino del bosque, donde había extraños muñecos que hacían los locos en sus

interminables horas libres. Uno de aquellos muñecos era realmente meritorio.

Pero Mónica no lo vio.

Tuvo suerte.

Porque era de tamaño natural. Una auténtica obra de arte. Lo cubrían ropas auténticas, aunque algo deshilachadas por el viento y la lluvia. La cabeza estaba pintada y maquillada y la cubría una peluca.

Mónica hubiese reconocido muy bien aquella cara.

Porque era la suya.

Tuvo suerte de no verla, sin embargo, al pasar por delante en el «Ferrari», ya que la figura estaba medio cubierta por las ramas de los abetos. Y tuvo suerte, además, porque se hubiese dado cuenta de un detalle: de que el cuerpo de aquella enorme muñeca estaba atravesado por media docena de cuchillos.

La mujer tenía una puntería fantástica.

Incluso en un comando del ejército la hubieran considerado temible. Sostenía el cuchillo con dos dedos de la mano derecha, lo mantenía unos instantes en vilo y luego lo lanzaba. Ni una sola vez dejó de alcanzar el corazón de la figura a tamaño humano que tenía delante.

Aunque usaba un vestido no demasiado bien cortado, la mujer aún era joven y bonita. En sus buenos años debió de ser una belleza. Tenía el cabello largo y sedoso, cayéndole sobre los hombros, y a pesar de haber doblado el temible cabo de la cuarentena hubiera llamado aún la atención de los hombres de no ser por su expresión concentrada y hermética. Todas sus energías, todas sus ideas, parecían estar concentradas únicamente en el lanzamiento de los cuchillos.

El hombre con bata blanca que estaba junto a ella murmuró:

—Bueno, Silvia, ya está bien por hoy.

Ella se resignó. Era muy obediente cuando trataba con los médicos.

Se dejó quitar los cuchillos.

—¿Se siente mejor? —preguntó el médico—. Quiero decir... más descansada.

—Sí. Mucho mejor.

—El tratamiento que ha ideado el doctor Goldman es

beneficioso —dijo el médico mientras retiraba la figura con el corazón tantas veces atravesado—. Pretende que los enfermos reconstruyan una y cien veces su crimen. Está seguro de que, de ese modo, acaban huyendo de su obsesión.

Silvia rió.

—Yo no cometí ningún crimen —dijo.

Tenía una risa agradable, como de mujer que no quiere estar atormentada por sus recuerdos.

—De nada sirve esconderse —dijo el médico con perfecta naturalidad—. Usted mató a una persona de su familia lanzándole un cuchillo directamente al corazón. Si no la condenaron a prisión perpetua y la trajeron aquí fue porque usted había vivido entre alucinaciones las anteriores semanas. Pero es inútil que lo niegue, Silvia. Sólo reconociendo sus culpas podremos curarla.

La mujer guardó silencio.

De pronto había contraído sus labios en una mueca de miedo.

—Hay algo que nunca le he preguntado —dijo el médico cuando ya estaba casi en la puerta.

—¿Qué es?

—¿Usted odia a su familia, Silvia? ¿A toda su familia?

—¿Yo? ¿Cómo piensa que voy a odiarla? Es lo único que tengo en el mundo. Lo que más adoro y lo que más necesito es a mi hija Mónica...

—Es que últimamente hizo usted algo muy extraño —dijo el médico.

—¿Qué fue?

—¿Recuerda el muñeco que hizo imitando a Mónica? ¿El que puso en el bosque junto con los trabajos de las otras enfermas?

—Naturalmente que sí... Claro que lo recuerdo. Fue uno de los trabajos que he hecho con más ilusión en mi vida.

—Entonces, ¿por qué lo ha atravesado con cuchillos? ¿De dónde los sacó? ¿Por qué ese repentino acceso de rabia?

Silvia le miró aterrada.

Sus ojos se desencajaron. Las manos que estaban pegadas a sus costados temblaron de angustia.

—Yo..., yo nunca he hecho eso —bisbiseó—. Juro que no lo he hecho...

—Pues en el bosque puede verlo, Silvia. Ya sabe cuál es la

norma de este centro: no ocultar nada de Jo que los enfermos hacen. Durante la hora de paseo vaya a verlo: le conviene. Y no odie tanto a su hija o prohibiremos que vuelva a verla...

El médico cerró la puerta. Silvia se arrojó hacia ella frenéticamente, con las uñas por delante, mientras lanzaba un sollozo. Aquellas uñas dejaron marcados diez largos, rastros en el barniz de la puerta.

Pero ésta ya no se abrió. No se abrió hasta que Mónica llegó unos minutos después, taconeando graciosamente.

CAPÍTULO V

Siempre le había pasado aquello. Siempre le había dado un poco de miedo su madre, como si fuera una desconocida, como si en vez de ser la parte más esencial de su vida fuera un personaje lejano que hubiera llegado de otro planeta. Desde que Silvia cometió el crimen, su hija Mónica le había guardado respeto, le había profesado cariño y la había visitado al menos tres veces por semana, pero siempre con miedo. Algo oscuro le decía que, lo que había hecho con otra persona, su madre podía hacerlo con ella.

Sin embargo esta mañana todo fue distinto. Apenas la puerta se abrió mediante un dispositivo eléctrico que era accionado por la ficha perforada, la muchacha sintió que las lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos. Conteniendo un sollozo, se arrojó en brazos de su madre.

Silvia la apretó contra sí.

Le acarició los cabellos.

Había momentos en que Mónica, pese a sus diecinueve años resplandecientes, aún le parecía una niña.

—Pero ¿qué te pasa hoy? —susurró—. Pareces muy asustada... ¿Por qué has venido de esta manera?

Mónica se sentó cerca de la ventana.

Los rayos de sol que se filtraban a través de los abetos daban una expresión más suave, más limpia y entrañable a su rostro.

—Tengo miedo... —bisbiseó.

—¿Por qué?

—Me ha pasado como a ti, mamá. Me está ocurriendo lo que te ocurría antes de que cometieras el crimen.

Silvia guardó silencio.

No le gustaba que su propia hija le hablara de aquella muerte.

Pero siguió acariciándole los cabellos de una forma silenciosa, mientras una mueca de sufrimiento se dibujaba en su rostro.

Mónica continuó:

—Tú veías a tía Evelyn.

—Sí.

—A pesar de que ya estaba muerta...

—Sí.

—Pues yo la he visto también. Así ha empezado todo.

Silvia tuvo una crispación.

Pero algo había en su cerebro que sabía dominar el dolor, porque en seguida se rehízo. Con voz suave, pidió:

—Cuéntamelo todo.

Mónica, sin poder dominar el temblor de sus labios, le habló de lo que había sucedido. Contó cómo había visto a tío Patrick apuñalar a tía Evelyn. Cómo la había visto caer tinta en sangre. Y cómo luego se había dado cuenta de que no, de que todo aquello era falso. El dormitorio estaba intacto y no había ocurrido nada.

Silvia susurró:

—¿A qué hora fue eso?

—A las tres de la madrugada.

—¿Y es cierto que todo estaba igual?

—Sí, claro que todo estaba igual. Me pasó lo que te pasaba a ti, mamá. Y me fijé en todos los detalles, absolutamente en todos. Como si los hubiera retratado, ¿sabes? Podría dibujarte la habitación hasta con los menores pliegues de las cortina, y estoy segura de que nada había cambiado. Por lo tanto, tía Evelyn no podía haber estado allí, y mucho menos podía haber muerto violentamente, perdiendo tanta sangre. Lo único que había variado era el exterior. De pronto se había puesto a llover a cántaros.

—¿Llovía?

—Sí. Mucho.

Silvia desvió la mirada. Hubo en ella una brusca expresión de miedo, de recelo y de alerta. Mónica lo notó.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada... En efecto, ha llovido mucho la pasada noche. Ha sido un auténtico huracán, aunque ha durado poco.

Y siguió mirando hacia la ventana.

Porque aquello la aterraba. Y no quería que Mónica se diera cuenta de la brusca turbación que pasaba por ella. Lo cierto era que ella pasó despierta casi toda la anterior noche. Y ciertamente había

tronado unas cuantas veces con cierta insistencia, *pero no había llovido absolutamente nada.*

—¿De veras viste la lluvia? —musitó.

—Sí. Era una cortina de agua que tapaba los cristales.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Siempre que yo veía a tía Evelyn también llovía.

Y cerró un momento los ojos.

De verdad estaba aterrada.

Tanto que dijo con voz opaca:

—Mónica, debes irte de aquí.

—¿De la clínica?

—No. De la ciudad. De esta tierra. Tienes suficiente dinero para hacer un viaje largo.

Vete de vacaciones aunque sea a Indonesia.

Mónica negó con la cabeza.

—No puedo dejarte sola, mamá.

—Olvídate de mí. No me va a pasar nada en esta clínica donde me cuidan perfectamente. Y basta ya. Nos están viendo por el circuito cerrado de televisión y nos están oyendo por los micros reglamentarios instalados en todas las paredes. No estoy tan loca como para no enterarme de los trucos que hay aquí, aunque *ellos* los mantengan ocultos. Y por eso no quiero que permanezcas ni cinco minutos más en esta condenada casa. Tengo miedo de que tú también te vuelvas loca.

Suavemente, pero con firmeza, la empujó hasta la puerta. Sólo cuando Mónica hubo salido se permitió respirar profundamente, con un terrible cansancio.

Desde la ventana, la vio salir en el «Ferrari».

Al menos en el aspecto material, Mónica era feliz. No le faltaba nada. Disponía de la fortuna familiar, aunque también podía estar marcada por la maldición que a ella, Silvia, le había destrozado la vida. Nunca se sabe hasta qué punto el dinero compensa de las otras desgracias.

Cuando el lujoso coche deportivo se hubo alejado, la mujer fue a uno de los cajones de su mesa y sacó los prismáticos. Era una de las pocas cosas que les permitían usar sin limitaciones en la clínica mental. Si se distraían mirando los alrededores, y en especial el

inmenso bosque, ¿por qué no?

Silvia enfocó los binoculares hacia un punto determinado.

Era difícil encontrarlo.

Pero ella sabía bien dónde estaba.

Detuvo la mirada en un punto muy preciso del bosque.

Graduó los lentes.

Y la imagen se fue perfilando cada vez con mayor nitidez. Se dio cuenta de que el cadáver colgado del árbol aún estaba allí.

Tendría que darse prisa.

Iba a estar perdida si no conseguía ocultarlo antes de la noche.

CAPÍTULO VI

Taylor Flint se dio cuenta de que estaba listo cuando vio que la chica se largaba en un «Ferrari». El disponía sólo de un viejo «Oldsmobile» que hubiera podido figurar dignamente en un museo. Pero de todos modos la siguió hasta llegar a la Colina Negra, deteniéndose en el bosque.

Ya no podía ir más adelante.

Sabía que no le iban a permitir la entrada en el manicomio, uno de los de mayor seguridad de los Estados Unidos.

Por eso dejó el coche y se adentró en el bosque, ascendiendo por un sendero que se elevaba hasta el punto más alto de la colina. Desde allí se divisaba a medias el edificio de aspecto medieval que unos cuantos médicos caritativos fundaron para ensayar con los enfermos peligrosos nuevos métodos de curación.

Según había oído él decir, el método consistía en no avergonzar a los locos de sus actos, sino en permitir que obraran según sus impulsos, claro que dentro de unas normas de vigilancia. Cuando el loco se daba cuenta de las consecuencias de lo que hacía, reaccionaba casi siempre positivamente y era posible su curación. Al menos ésa era la teoría que sostenían los fundadores del manicomio más moderno —y más seguro— de los Estados Unidos. En este aspecto Flint no podía opinar personalmente, porque no entendía lo bastante de psiquiatría.

Cuando llegó al punto más alto de la colina, desde el cual se divisaba el manicomio, vio que la muchacha se volvía a alejar en el «Ferrari», y estuvo a punto de lanzar una maldición. Porque la verdad era que Mónica le había sacado una ventaja más que apreciable, a pesar de no haber usado toda la potencia del admirable motor de su «Ferrari». Cuando él llegó a Black Hill, la chica, prácticamente, ya salía.

Flint hizo un gesto de pesadumbre.

Por un momento estuvo tentado de seguirla.

Pero en realidad era inútil, porque ella disponía de un coche mucho mejor, y además no tenía ningún derecho a cruzarse en su camino. Si estaba allí era porque le había intrigado la expresión un tanto ansiosa de Mónica, aquella expresión de muchacha que tiene el pasado cargado con cosas que no consigue descifrar. Pero lo mejor que podía hacer era olvidarla.

Sacó un paquete de cigarrillos.

Se dio cuenta de que estaba vacío.

En fin, ni eso le quedaba ya: ni tabaco. Con una cierta angustia pensó: «¿Y si yo mismo me declaro en quiebra y escribo mi historia? ¿Me la publicará alguien?».

Mientras miraba hacia el fondo, hacia el enorme edificio que imitaba una construcción medieval, Flint vio a alguien en una de las ventanas. Le pareció una mujer, y como él tenía vista de halcón, se dio cuenta de que usaba unos prismáticos. Debía ser una de las enfermas, a las que se permitía usar aquellos cacharros para que se distrajesen. Más o menos calculó la dirección en que ella estaba mirando.

Y entonces Flint palideció mortalmente.

Desde, su posición podía verlo.

Hasta allí no llegaba nadie, o sea que por eso no lo había visto ninguna persona con anterioridad. Pero se trataba de un cadáver. Un cuerpo humano colgaba de una de las ramas de un abeto.

Flint se estremeció.

El no estaba acostumbrado a aquello.

Como detective privado —aunque de los que cobran poco— había visto varios cadáveres, por lo cual no hubiera debido impresionarle aquél. Y sin embargo le produjo una sensación alucinante, la sensación de una verdadera pesadilla. ¿Era el edificio que parecía arrancado de otra época? ¿Era aquel silencio? ¿O el hecho inexplicable de que hubiera un cadáver colgando de un árbol en uno de los recintos mejor guardados del mundo, en un sitio donde nadie podía penetrar?

Porque desde su puesto veía la alta alambrada, imposible de salvar por ningún hombre. No estaba electrificada, ya que eso hubiera podido causar la muerte de los locos, pero sí conectada a una serie de sistemas de alarma, de modo que bastaba pasar por su

borde superior —en un sentido u otro— para que se pusieran en movimiento todos los guardias del edificio y para que se cerraran automáticamente todas las puertas. Cualquiera de las personas que vivían en la ciudad contigua sabía eso.

Entonces, ¿quién podía haber entrado para matar a aquella persona?

Nadie. Tenía que haberlo matado uno de los enfermos.

Flint se dio cuenta de que desde unos momentos antes estaba conteniendo la respiración. El pecho le hacía daño. Su pensamiento volaba. Porque bruscamente acababa de descubrir —y nadie más antes que él— que en el manicomio de Black Hill... ¡se seguían cometiendo crímenes!

Bruscamente se olvidó de la muchacha. Toda su atención, todas sus energías se concentraron en la figura que seguía en la ventana mirando con los prismáticos. Aquella persona no podía verle a él, porque quedaba parcialmente tapado por las ramas de los abetos.

Al fin la ventana se cerró.

Taylor Flint se sentó en el suelo.

Decidió esperar hasta la noche.

Si no se equivocaba, después de las nueve habría luna. Y quizá la luna le descubriera cosas en las que no quería ni pensar.

CAPÍTULO VII

Efectivamente, el astro de la noche se elevó con la majestad de una aparición. Todo quedó tan perfectamente iluminado como si fuese de día, aunque luego unos nubarrones proyectaron sobre el bosque espesas zonas de tinieblas.

Por lo que Flint pudo ver, los enfermos disfrutaban de una libertad casi absoluta dentro del recinto. Podían hablar, reunirse, jugar y pasear, así como perderse por el bosque, aunque apenas ninguno de ellos se alejaba de los puntos de luz. Diríase que tenían miedo. Los vigilantes lo escrutaban todo de cerca, pero sin intervenir en ningún grupo, porque la verdad era que la conducta de todos aquellos locos resultaba la mar de normal.

Acercándose a la verja metálica todo lo posible, el joven escrutó el punto del bosque en el cual se hallaba el cadáver. Nadie más lo había visto aún, porque los vigilantes no se acercaban por allí, dando por supuesto que la fuga a través de la valla era imposible.

Tampoco ninguno de los enfermos mostraba preferencia por aquel sitio.

Flint estaba pegado a la tierra, de modo que entre las sombras nadie podía distinguirlo.

Debían ser las diez cuando vio acercarse a una mujer al abeto del ahorcado. La mujer aún era joven y en otro tiempo debió haber sido muy bonita. No pudo advertir si era la misma que había estado espionando desde la ventana con unos prismáticos, pero hubiese jurado que sí.

Llevaba una especie de chandal de entrenamiento color azul marino, que se ajustaba bien a sus formas.

Con él pudo trepar ágilmente hasta la rama del abeto y deshacer el nudo de la cuerda. El cadáver cayó blandamente a tierra.

La mujer miró en torno suyo como una fiera acorralada.

Tomaba toda clase de precauciones. No podía ni imaginar que

Flint la estaba observando desde más allá de la valla.

Entonces inició en silencio una tarea dura, pesada, casi abrumadora. Con sólo la ayuda de una cuchara, empezó a remover la blanda tierra que había entre los abetos. Puesta de rodillas, se dispuso a abrir una fosa donde cupiera el cuerpo de aquel hombre.

No una fosa profunda, por supuesto. Eso hubiera sido imposible para una mujer sin herramientas.

Pero al menos parecía querer sepultar el cadáver a un palmo de profundidad. Lo suficiente para que no se viese. En el enorme parque del manicomio no había alimañas que lo desenterrasen luego.

La tarea fue agotadora y amarga. Taylor Flint se dio cuenta de que estaba ante una asesina que quería ocultar su crimen, y comprendió también que su obligación era denunciarla mientras estuviera «con las manos en la masa». Un solo grito, una llamada telefónica desde la cercana carretera le hubiera bastado para eso.

Pero, no supo por qué, la mujer le inspiró compasión. Aunque fuera una loca peligrosa, una loca asesina, había en sus gestos algo de patético. El cansancio de que daba muestras al abrir la fosa con la sola ayuda de una cuchara casi se transmitió al fuerte cuerpo de Taylor Flint.

Por fin todo acabó.

Se estaban insinuando las primeras luces del alba.

Después de apisonar la tierra todo lo posible, borrando las huellas del crimen, la mujer desapareció entre los abetos como una siniestra sombra.

Y sólo entonces Taylor Flint abandonó su refugio. Sólo entonces se deslizó también hacia el exterior con la expresión absorta del que acaba de sufrir una extraña pesadilla.

CAPÍTULO VIII

Tío Patrick se acercó cariñosamente y dijo:

—¿Cómo has pasado la noche, Mónica?

Mónica se despezó. Tío Patrick entraba siempre en su dormitorio como si tal cosa, pese a que ella era ya una señorita, quizá porque la había tenido en brazos al nacer y no se había acostumbrado aún a la idea de que Mónica había dejado de ser una niña. Sentándose en el borde de la cama, preguntó:

—¿Todo bien?

—Claro que sí, tío Patrick.

Ella volvió la cabeza y miró a través de la ventana. No llovía como aquella noche, sino al contrario, hacía un tiempo magnífico. Las ramas del bosque que rodeaba la casa parecían poder tocarse con sólo extender el brazo.

—Parece que se han disipado las pesadillas, ¿no?

—En efecto. No comprendo cómo se me pudo ocurrir esa idea absurda de que había visto a tía Evelyn.

—Qué más quisiera yo... —dijo él sombríamente—. Aunque fuese en una alucinación, me gustaría volver a verla.

—La quisiste mucho, ¿verdad? Sé que es una vieja historia, pero su fin te marcó profundamente, ¿no es así?

—Bueno... Murieron otras dos personas también. El piloto y el mecánico. Es el destino.

—En una avioneta tan segura y tan bien preparada, ¿por qué tenía que morir? A veces lo he pensado, tío Patrick.

—¿Y qué puedo decirte? Nadie es libre de decidir su destino. También está muy bien preparado un avión último modelo, como es el «DC-10», y sin embargo hubo una catástrofe hace poco. Algo debió ocurrir en la avioneta y ésta se estrelló. Son cosas contra las que nadie puede luchar, porque habría que ser Dios para saber lo que puede ocurrir. Extraño un cigarrillo y preguntó con humildad:

—¿Te molesta?

—Oh, no, fuma si quieres. Además es un tabaco suave.

—Gracias. Por cierto, he pedido que te trajeran el desayuno.

Mira, ahora llega.

En efecto, Ingrid, la atractiva y pizpireta doncella, venía con la bandeja. Sonrió y la puso en las rodillas de la muchacha.

—¿Algo más?

—Nada más, Ingrid. Gracias.

Cuando la bonita doncella hubo desaparecido, tío Patrick murmuró:

—Ayer estuviste viendo a tu madre, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—No hice nada por enterarme. Pero un «Ferrari» como el que tú tienes es muy llamativo.

—Sí que fui. ¿Te sabe mal?

—No, no... Claro que no. Al fin y al cabo tu madre es mi hermana. Sabes perfectamente que lo combiné todo para que te permitieran un régimen de visitas más favorable que a las otras personas. ¿Cómo la encontraste?

—Bien... Como siempre.

Tío Patrick hizo un gesto de preocupación difícil de disimular.

Tanto que ella preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada... ¿Le has contado que viste a tía Evelyn?

—Sí.

—Hiciste mal.

—¿Por qué?

Tío Patrick hizo un gesto de nerviosismo, como si todo aquello no le gustara. —Debes darte cuenta— musitó— de que lo que tu madre necesita es tranquilidad, eliminando las preocupaciones por su única hija. Ella tiene que pensar que tú estás siempre bien, aunque eso no fuera cierto. Además, debes convencerte de que fue una alucinación sin importancia. No tienes que pensar en ella.

—Pero... ¡pero es que yo la vi!

—Tu madre también la vio antes de..., antes de cometer su crimen.

Tío Patrick había palidecido. Se notaba que estaba más angustiado cada vez. Mientras movía los dedos nerviosamente dijo:

—Son alucinaciones que deben ser olvidadas. El único modo de curarse es que no influyan en uno. Pero eso depende de tu voluntad, Mónica. Siempre que esa alucinación vuelva a tu mente debes luchar con todas tus fuerzas repitiéndote una y otra vez: «¡No quiero! ¡No quiero! ¡NO QUIERO!».

Le palmeó suavemente una de las torneadas rodillas y dijo:

—Esta mañana vendrá el administrador. Debes hablar con él para decidir si alquilas o no la finca de Miami.

—No me gustaría alquilarla. Es un recuerdo de papá en el que me sabe mal que se metan otras personas.

—De acuerdo, pero la tienes improductiva allí, y esa finca vale mucho dinero. Ser rico también tiene sus problemas, Mónica.

Y salió. La muchacha acabó el desayuno sin ganas.

No supo por qué, pero se acordó del hombre al que había invitado la mañana anterior. Mientras dejaba a un lado la bandeja con parte del copioso desayuno, pensó: «Seguramente me estará esperando para ver si esta mañana cae algo. Lástima...».

Taylor Flint, en efecto, había estado bastante rato en el bar confiando en que la chica se dejaría caer por allí, aunque ahora ya no lo hacía para que le invitase. De una forma casi milagrosa acababa de recibir un pequeño giro de un editor. Si la esperó fue simplemente para darle las gracias, para tratar de invitarla él y para hacerle algunas preguntas acerca de la Colina Negra.

Pero, en vista de que Mónica no aparecía, preguntó su dirección. Flatt se la dio con un gruñido.

—No vas a sacar nada, macho —le advirtió—. Es una de las chicas más ricas de la comarca. Hagas lo que hagas, no la vas a tener nunca al alcance de tus morros.

—Pero ¿vive aquí?

—No siempre. Hace bastantes viajes, porque prepara una tesis doctoral. A su modo, es una investigadora. Claro que si vive en esta aburrida ciudad es más que nada para ver a su madre.

Y le hizo un guiño indicando: «Una majareta».

—¿Cómo es su madre, Flatt?

—Pues... bueno, ahora hace tiempo que no la veo. Una mujer muy bonita, desde luego. A pesar de haber doblado la cuarentena, llama la atención.

—¿Morena?

—Ajajá.

—¿Pelo largo y sedoso? ¿Ojos oscuros?

—Ni que la hubieras visto, macho.

—No, no... Es que recuerdo una fotografía que cierta vez apareció en un periódico —mintió Flint—. Gracias.

Y se largó de allí. Ahora estaba seguro de que la mujer a la que vio sepultando el cadáver dentro del parque del manicomio era la madre de Mónica. No pudo evitar sentir un estremecimiento visceral, un estremecimiento que pareció llevar hasta sus huesos una corriente de aire frío.

Conocía ya la dirección de la muchacha.

Por lo tanto, se dirigió allí.

Pudo ver que se trataba de una casa pequeña, aunque magníficamente construida. Tenía una sola planta con cinco habitaciones, aparte el garaje. Un jardín muy bien cuidado la rodeaba por todas partes. En la parte en que ese jardín se ensanchaba, había una pista de tenis y una piscina.

Flint pasó por delante.

A través de uno de los ventanales de la que debía ser sala principal, distinguió a Mónica hablando con dos hombres. Uno debía vivir en la casa, porque usaba prendas muy deportivas pese a ser ya algo mayor. El otro era un visitante vestido de negro, algo encorsetado. Leía algo así como un resumen de cifras.

Nadie se dio cuenta de que Flint pasaba por delante, ni él se detuvo. Ante la entrada de la casa vio detenido un automóvil también negro.

En el borde superior del tablier había colocados dos sobres cuya dirección era fácil leer a través del parabrisas. Los dos iban dirigidos a la misma persona, que debía ser el dueño del coche: «Archibald Wunt. —Administrador de Fincas».

El administrador de fincas tenía que ser el tipo encopetado que había venido a visitar a Mónica y a su pariente. El nombre del pariente, al cual sin duda pertenecía la casa, estaba en una placa dorada sobre la puerta:

HARRY PATRICK—LAWYER

Por lo tanto el tal Patrick era abogado, aunque el título debía tenerlo más bien de modo honorífico, porque no se apreciaba que

en aquella finca hubiese ningún despacho profesional. En fin, eso era lo de menos. De un modo u otro, Flint se estaba haciendo una idea bastante clara del ambiente y las personas que rodeaban a Mónica.

Se situó a cierta distancia de la casa.

Y entonces vio que la puerta del garaje se abría.

Una chica de preciosas piernas, pero que vestía con cierta sencillez, extrajo un coche ya algo viejo que sin embargo valía bastante más que el de Flint. Subió a él, frenó, volvió sobre sus pasos y cerró la puerta basculante del garaje. Luego se alejó rodando a poca velocidad.

Flint pensó que debía tratarse de una doncella. Había un «no sé qué» en aquella chica que lo atestiguaba.

Pensó que ya no iba a poder seguirla, pero tuvo la suerte de observar cómo el automóvil se detenía en una calle larga, junto a una estación de servicio, para que a él subiera un hombre. Luego la muchacha condujo hasta un cercano parque donde volvió a detenerse.

En total no se había alejado más de media milla de la casa, una distancia que permitía que los ojos de halcón de Flint aún pudieran controlarla. Pero el parque en que el coche se había metido estaba vacío a aquella hora, y los dos ocupantes del vehículo podían considerarse en cierto modo como los únicos habitantes del mundo.

Flint fue hacia allí.

No le habían visto.

Sabía que hacía mal, pero un detective privado no tiene por qué ser un tipo discreto. De modo que pasó cerca del coche, sin llamar la atención, y vio a distancia la escena clásica de los automóviles detenidos y en cuyo interior hay una pareja.

Se estaban morreando.

Por lo visto, la chica no tenía reparos.

Y el tío menos.

A Flint el tío no le gustó. No fue por envidia, aunque hay que reconocer que la envidia influye bastante en esos casos. A nadie nos cae simpático el fulano que está dando masaje a una chica que nos gusta. Pero Flint había llegado en esto a ser un buen observador, y captó detalles de aquel fulano que le reafirmaron objetivamente en su convicción de que no resultaba de fiar.

Había en él algo achulado, aprovechón. Tenía a la chica en sus manos y sabía sacar tajada de ello.

Valiéndose de la soledad del parque, Flint pudo deslizarse hasta la parte posterior del automóvil sin que le viesen. Tuvo además la suerte de que los dos estaban tan ocupados el uno en el otro que no se hubiesen dado cuenta de la presencia de un batallón de infantería de Marina a paso de carga. Utilizó entonces un instrumento muy sencillo y que raramente un detective privado deja de llevar encima.

Se trataba de un micro de gran potencia que se adhería como una ventosa a cualquier puerta o superficie plana. Un cordón y un amplificador de oreja permitían oír el diálogo a cierta distancia.

Flint se desplazó a unas quince yardas.

Y captó el diálogo con casi total perfección.

—Bueno, Mark, ya está bien.

—Nena, me vuelves loco...

—Podrías pensar en buscar un piso para casarnos, en vez de pensar solo en romperme un par de medias cada vez que me ves.

—¿Es que me estás reprochando algo?

La voz del hombre había sido un poco amenazadora.

—No. Ya sé que me quieres, Mark.

—¡Pues entonces...!

—Pero es que hemos de pensar en nuestro futuro. Yo quiero casarme y dejar de ser una simple doncella.

—Pues muy bien te cuidan.

—Mejor me cuidarás tú. ¿O no?

—Claro, mujer, claro... Oye, ese viejo de las narices no te meterá mano, ¿eh?

—Patrick no es un viejo. Tiene sesenta años. ¿O crees que eso es una barbaridad? Pero no piensa en las mujeres tanto como tú. ¿O qué le crees?

—Calla, nena, que yo sólo pienso en una.

—¿Quién?

—Tu hermana gemela. Je, je...

Ella también rió la gracia.

Desde su puesto, Flint pensó irónicamente: «Je, je... ¡Ay, que me mondo!». Pero aquel fulano cada vez le parecía más del montón. Un montón tirando por lo bajo.

Mark susurró:

—Bueno, para casarse hace falta pasta larga.

—Nunca la conseguirás si no trabajas, Mark.

—Yo hago lo que puedo. ¿O es que me reprochas algo?

—No, no, Mark... Por favor, no te enfades.

—¡Ah!

—Ya sé que la semana pasada ayudaste a una señora a llevar una maleta.

—Sí, pero la muy furcia no me pagó. También estuve trabajando de dependiente durante una semana, hasta que llegó la hora punta y me fui. Aquello no era para personas civilizadas. Bueno..., a lo que interesa: ¿ya has registrado bien todos los rincones de la casa?

—Mark, aquella casa me da miedo.

La voz de la muchacha era trémula. Había cambiado.

Flint se puso tenso.

Oyó que Mark decía:

—Podríamos hacerle chantaje al viejo si supiéramos que se entiende con la sobrina, pero según dices tú eso no pasa.

—Te repito que tengo miedo... ¿No me oyes?

—¡Bah! Mandangas. ¿Y con la secretaria a la que le está dictando sus memorias? ¿Se entiende al fin con la secretaria?

—Con ella claro que sí. Bueno, al menos se besan.

—Y todo lo demás, seguro. Podríamos apretar las clavijas por ahí, ¿verdad? Sacarle la pasta al tío.

—No, Mark, no podrás. El es viudo hace dos años y ella es mayor de edad. No es ninguna vergüenza que se besen. Patrick no va a soltar ni un dólar para evitar que se sepa eso.

—Pues alguna forma habrá de presionarlos, digo yo. O de sacar cosas del edificio. ¿Qué has observado?

—Una cosa extraña.

—¿Qué cosa extraña?

—Un cuadro.

—Bueno... Debe ser un cuadro de valor, ¿no? ¿Puede venderse?

—No se trata de eso. Es la firma.

—Bueno... querrás decir una firma de prestigio.

—No, no...

—Mira, nena, a ver si te explicas de una maldita vez. Me estás volviendo lo que se dice loco...

—Es que el cuadro no tiene firma.

—¿No?

—Y debería tenerla...

A través del micro se oyó un bufido. El tal Mark debía estar perdiendo en serio la paciencia.

—¿Qué cuerno tiene que ver la firma?

—Yo la distinguí.

—¿Y qué?

—Luego no estaba.

Flint tampoco entendía nada de aquello, por lo que se hacía cargo de la impaciencia de Mark. Pero siguió escuchando con la mayor atención. Lo que más le inquietaba de todo aquello era la voz de miedo de la muchacha.

Ella gimió:

—No..., no puedo seguir allí. Tienes que comprenderlo...

—Pero ¿por qué?

—Hoy me volveré a fijar en ese cuadro. Te juro que..., que si noto lo que noté soy capaz de llamar a un psiquiatra.

—Déjate de mandangas. Lo que interesa es sacar pasta... Y oye, ¿es que todos los que viven en esa casa se vuelven locos?

—No lo sé, Mark. Pero tengo miedo...

—Olvidalo. En fin, más vale que vuelvas ya. Y no olvides que no voy a estar aguantándote si no te espabilas. Que tienes mucha competencia, nena...

Se oyó el motor del coche. Éste arrancó.

El micro pegado a la carrocería se desprendió por sí mismo debido a la tensión del hilo. Flint lo recuperó pensativamente.

Había muchas cosas que no lograba entender y que le adentraban poco a poco en un clima de pesadilla. Moviò la cabeza como si quisiera ahuyentarlas de sus pensamientos.

No sabía que era la última vez que veía viva a aquella muchacha llamada Ingrid. No.

Eso no podía imaginarlo siquiera.

CAPÍTULO IX

La casa había quedado sola, e Ingrid hizo lo que había hecho otras veces. Telefonó a un par de amigas, ordenó las prendas de Mónica y contempló un breve programa de televisión. Luego quitó el polvo a unos muebles.

Nadie iba a venir a molestarla ahora. Mónica había ido a hacer unas consultas al archivo histórico de la pequeña ciudad. Su tío Patrick, el dueño de la casa, estaba efectuando una visita. Su secretaria, con la que un par de veces le había sorprendido besándose, no había venido a trabajar aquella tarde.

El sol acariciaba dulcemente todos los objetos, todos los muebles de la elegante casa.

Ingrid, dominando su aprensión, y mientras intentaba olvidar sus sombríos pensamientos, se acercó al cuadro. Éste era una copia de una famosa pintura del francés Millet: *El toque del Angelus*. Las dos figuras orantes aparecían sobre el fondo yerto del paisaje. Aunque se trataba de una copia, su realizador no había omitido ni el menor detalle. Por ejemplo, allí estaba la firma: «Millet».

La muchacha se frotó un instante los ojos.

Estaba segura de que en otro momento, aunque no podía precisar exactamente cuál, aquella firma no aparecía en el cuadro. Cuando descubrió aquello pensó que soñaba y miró largo rato la pintura, pero en verdad la firma se había esfumado. Era aquello lo que la había llenado de aprensiones, haciéndole creer que quizá acabaría volviéndose loca.

No en vano la madre de Mónica se había vuelto loca allí dos años antes. Y además su locura era terriblemente peligrosa, puesto que mató a una mujer. No en vano la misma Mónica había sufrido una terrible pesadilla hacía dos noches. Ella lo había notado al día siguiente, cuando la vio mortalmente pálida y cuando el mismo Patrick se lo contó, haciendo el comentario de que, si las cosas

seguían así, tendrían que llamar al médico.

Ingrid dejó de mirar el cuadro.

Ocupaba una de las paredes del delicioso dormitorio de Mónica, justo la pared que estaba frente al lecho. Ingrid se dejó acariciar por el sol que penetraba a través de la ventana y se sentó en la cama. Muchas veces hacia aquello porque le gustaba el ambiente. Soñaba que aquel dormitorio era suyo.

Puesto que nadie iba a venir a molestarla, se tendió en la cama y miró la ventana por la que entraba a raudales el sol. Con un cierto sentimiento de pena se dijo que cuando se casara con Mark nunca tendría un dormitorio como aquél, porque Mark era un hombre que no había trabajado nunca. Si no tenía suerte y daba un buen golpe... Pero también eso era soñar.

Mientras tanto, podía imaginar que todo aquello era suyo. Acarició la colcha de raso y cerró los ojos. Pensó que luego ya le quedaría tiempo para recomponer las ropas.

Mientras tanto, iba a ser delicioso dormir allí. Dormir... Dormir...

Una dulce pesadez la invadía.

Se estaba maravillosamente bajo la caricia del sol, soñando que quizá algún día ella tendría una casa semejante.

Pronto quedó dormida del todo. La casa era un oasis de paz. Cada vez se estaba más a gusto en aquel rincón acogedor y cálido.

No supo cuánto tiempo había transcurrido así.

El sueño era delicioso.

Pero de pronto algo la despertó. Era un rumor suave e insistente. Era algo que parecía llegar desde más allá de la ventana.

Sin embargo, era un rumor dulce.

No presagiaba ninguna amenaza.

Ingrid abrió los ojos y miró entonces hacia su derecha, donde estaba la ventana.

Parpadeó un par de veces porque no lo entendía.

¿Cuánto tiempo llevaba dormida?

Miró el despertador que estaba encima de la mesilla. Recordaba perfectamente que eran las tres y media cuando ella se sentó en la cama, bañada por los acariciantes rayos del sol.

Ahora eran las cuatro. Solamente había estado durmiendo durante media hora.

¿Cómo podía haber cambiado tanto el tiempo en ese breve período? ¿Cómo el sol tibio podía haber sido sustituido por aquella desenfrenada lluvia?

Porque estaba cayendo una cortina de agua. La luz rosada se había transformado en una luz gris. La lluvia resbalaba de tal modo por los cristales que era imposible distinguir incluso las ramas de los árboles que casi los rozaban.

Se oían lejanos truenos.

Sobre la ciudad estaba descargando una verdadera tormenta.

Ingrid se frotó los ojos y pensó que aquello era un sueño, pero inmediatamente se rehízo. Qué diablos... No era un sueño. Llovía de verdad. El tiempo era tan caprichoso que había cambiado radicalmente en media hora.

Como una sonámbula, se puso en pie.

La lluvia siempre le ocasionaba dolor de cabeza. Claro que aquel dolor ya lo tenía antes, desde que empezó a sufrir las pesadillas. Se despabiló un poco frotándose las sienes y arregló las ropas de la cama para que Mónica no notase que se habían acostado en ella. Luego fue hacia la puerta.

Quería remojarse un poco la cara en el cuarto de baño contiguo.

Lo necesitaba.

Para ir hacia la puerta pasó de nuevo junto al cuadro. Vio las dos figuras orantes magistralmente trazados por Millet en el siglo XIX. Vio el paisaje al fondo.

Pero...

¡... Pero faltaba la firma!

¡La firma que estaba poco antes allí, en aquel mismo cuadro!

La mirada de Ingrid paseó aterrada en torno suyo.

No, no podía haberse vuelto loca.

No había tomado ninguna droga. No había olido ningún gas. Estaba en el mismo sitio donde se tendió a descansar media hora antes.

Sólo dos cosas habían cambiado. Una: el sol había sido sustituido por la terrible lluvia. Pero era natural porque nadie puede predecir los caprichos del clima. Dos: la firma del cuadro había desaparecido.

Y eso no era natural.

Creyendo sufrir una alucinación, rozó con los dedos la tela. Pero

no, allí no había nada.

Y tampoco había sido raspada mientras ella dormía. La pintura estaba intacta.

La muchacha se llevó las manos a los ojos.

Lanzó un gemido.

Nadie sabe lo que es la locura, y menos los que la sufren. Pero ella, ahora, *lo sabía*. Ella *sentía* lo que es estar loco. Ingrid se daba cuenta de que el mundo entero había empezado a girar fuera de su órbita.

Salió bruscamente de allí.

Tenía que llegar al cuarto de baño.

La sacudía una náusea.

Y fue al abrir la puerta cuando lo vio.

Cuando distinguió *aquello*.

Fue entonces cuando hasta sus músculos más íntimos se sintieron sacudidos por un espasmo de horror.

El cuchillo avanzó hacia su garganta.

Ni lo notó.

Hay veces en que el miedo es tan intenso que ni el dolor se nota.

La hoja de acero le desgarró la garganta.

Ingrid cayó de rodillas.

Sus ojos desencajados se clavaron en aquella cara.

Unos ojos desencajados para siempre.

La sangre salpicó la moqueta del dormitorio. Llegó hasta apenas dos pasos de la cama de Mónica.

La segunda cuchillada fue la definitiva.

La muchacha cerró los ojos para siempre.

De su garganta escapaba un estertor sin nombre.

CAPÍTULO X

Mónica entró en el dormitorio y se quitó los zapatos con un deportivo movimiento para andar por la moqueta sin otra cosa que las medias. Le gustaba el contacto cálido y suave de aquel tejido. Además la moqueta..., ¡estaba siempre tan limpia! Miró maquinalmente el cuadro de Millet, *El toque del Angelus*, y acarició la firma. Le gustaba aquella tela, aunque no fuera más que una simple copia. Luego oprimió el timbre que tenía en la mesilla, junto al despertador.

Era para llamar a Ingrid.

Ingrid siempre llegaba en seguida.

Pero esta vez no acudió. Extrañada, la muchacha volvió a llamar.

Nada.

La casa estaba espantosamente vacía. Daba la sensación de no haber sido habitada jamás.

Oyó entonces el rumor de un coche que se acercaba y abrió la ventana. Pensó que quizá Ingrid había salido en automóvil, aunque no era su tarde libre. Miró hacia el exterior, más allá de los árboles del jardín.

Vio que era tío Patrick el que llegaba en su magnífico «Continental» último modelo. Recordó de pronto que había ido a hacer una visita mientras ella estaba en el archivo histórico de la pequeña ciudad. Lo extraño era que Ingrid, sabiendo que dejaba la casa sola, se hubiese marchado.

Abrió a tío Patrick.

Éste parecía un poco preocupado.

—He telefoneado antes —dijo—. ¿Habías salido?

—Sí. Estaba en la biblioteca. En el archivo histórico.

—Sí, pero ¿e Ingrid?

—Eso es lo que me extraña. Parece que no está en la casa.

—Pues no tiene sentido. No era su tarde libre.

—Eso es lo que más me sorprende —murmuró Mónica—, porque ella ha sido siempre una chica muy cumplidora. En fin, no hay que inquietarse. Ya vendrá.

Sin embargo las inquietudes se hicieron inevitables dos horas después, al caer la noche. Ingrid no había vuelto. Tío Patrick, que se había encerrado a trabajar en su despacho, sugirió la conveniencia de llamar a la policía.

—No lo hagas —aconsejó Mónica—. Puede que la cosa sea mucho más sencilla. La habrá venido a buscar su novio y se les habrá hecho tarde.

—¿Su novio?

—Sale con un tipo que no me gusta —dijo Mónica—. Un fulano con aspecto de vividor y que creo que se aprovecha de ella. Por eso mismo puede que la haya engañado y no la deje volver en toda la noche.

—Sería una lástima, porque Ingrid ha sido hasta ahora una chica decente —murmuró tío Patrick—. ¿Has visto si estaba su coche en el garaje?

—No sé... He ido a pie, sin usar el «Ferrari». Por tanto no he entrado en el garaje. ¿Y tú?

No me he fijado —reconoció tío Patrick—. He metido el «Continental» sin mirar a ninguna parte.

—De acuerdo —dijo la muchacha—; voy a ver si está.

Salió de la casa.

Se dirigió al garaje por el porche.

Y entonces vio aquella sombra.

Entonces le pareció que alguien saltaba hacia ella.

Intentó esquivar con una torsión de su ágil cuerpo, pero ya era demasiado tarde. Unos brazos largos y poderosos la rodearon. Una mano tapó su boca.

Con los ojos desencajados, con el miedo sacudiéndole la espalda, la muchacha tuvo la brutal sensación de que iba a morir. De que lo que le debía haber ocurrido a Ingrid iba a ocurrirle a ella.

Pero la cara que estaba tras su cuerpo la tranquilizó. Era una cara conocida. No había en ella la menor expresión agresiva, sino más bien una expresión de alarma. Flint musitó:

—No grite...

Y le fue dejando la boca libre poco a poco. Ella apretó los labios. La verdad era que sentía deseos de gritar, porque seguía estando asustada, pero no quiso comportarse como una niña.

—No quiero hacerle daño —dijo Flint—. Por favor, escúcheme.

—¿Se da cuenta de lo que hace?

—Sí, ya sé que es allanamiento de morada.

—¿Y por qué se ha metido aquí?

—Estoy haciendo de ladrón.

—¿Quééééé?

—No se asuste, no me llevo nada. Ya le dije que había trabajado como detective privado en otros sitios.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—No se lo tome a mal. Me gustaría ayudarla.

—¿Y cómo sabe que necesito ayuda?

—Por lo pronto está inquieta por la desaparición de Ingrid. Hace un momento hablaba de eso con su tío Patrick.

—¿Cómo infiernos puede saberlo?

Flint le mostró un largo cordón a los extremos del cual había dos aparatos parecidos a dos ventosas de goma.

—Es un micro y un sistema de escucha —dijo—. Se aplica a una puerta o al cristal de una ventana. Con un poco de suerte se puede oír muy bien lo que se dice dentro de una casa.

—¿Y con qué derecho nos espía? ¿Qué se ha creído?

Flint guardó el cordón mientras intentaba sonreír.

—He conocido a su madre —dijo.

—¿Es que ha podido entrar en Black Hill?

—No, no... La he visto desde fuera. Ella estaba en el bosque.

—¿Y qué le importa a usted mi madre? ¿Con qué derecho...?

—Por favor, no crea que intento sacar de esto algún beneficio. Todo lo contrario. A veces incluso un muerto de hambre puede ayudar a una persona que está en un apuro, y su madre está en un apuro, no le quepa duda.

Mónica hundió un poco la cabeza sobre el pecho.

Se sentía profundamente consternada, profundamente abatida.

Eso le ocurría siempre que le hablaban de su madre.

—Perdone que ahora no le cuente todos los detalles —dijo Flint—, pero hay en esta casa algunos detalles que no me gustan. Por ejemplo, el tipo que ronda a Ingrid. —A mí tampoco me gusta. Pero

¿qué pasa con él?

—Venga.

La acompañó hasta el garaje, cuya puerta basculante había abierto con sorprendente facilidad. En el interior había tres coches: el de tío Patrick, el de Mónica y el de Ingrid.

—O sea que ella no ha salido... —bisbiseó la muchacha.

—No —dijo Flint—, o por lo menos no se ha llevado el coche. Pero yo he estado curioseando por ahí, ¿sabe? Y he notado esto.

Abrió el coche de la doncella. Verdaderamente hacía falta tener un cierto entrenamiento para descubrir aquello, pero Flint lo había descubierto. A ambos lados de la tapicería del techo estaban instalados dos micros.

—Eso quiere decir —murmuró— que todo cuanto se hablaba en el interior del vehículo podía ser escuchado por alguien. Un sistema de radio no demasiado complicado transmitía el sonido, en una onda determinada que era siempre la misma, a un aparato de escucha que seguramente podía captar las palabras hasta una distancia de cuarenta millas. ¿Quién ha instalado esto? Es lo que no sé. Pero me temo que sea ese fulano llamado Mark y que acompañe a Ingrid.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para tenerla controlada, por ejemplo. Para saber si iba con otros hombres.

La muchacha se mordió el labio inferior.

No le gustaba todo aquel ambiente.

—¿Qué tiene que ver eso con mi madre? —murmuró.

—Seguramente nada, pero son detalles que hay que tener en cuenta y que seguramente arrojarán alguna luz. El caso es que Ingrid estaba controlada. ¿Qué más sabe de ella?

—Nada. Es una buena chica.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —reconoció Mónica—. ¿Por qué cree que la buscaba?

—Puede haber salido a dar un paseo aprovechando que el día ha sido magnífico —murmuró pensativamente el joven—. No ha llovido hace tiempo.

Ingrid le miró.

—¿Que no ha llovido... hace tiempo?

Claro que no.

—Oiga, hace dos noches llovió a cántaros.

—¿Dónde?

—Pues... aquí.

El joven la miró con inquietud, como si estuviera hablando poco menos que con una visionaria.

—¿Cómo se dio usted cuenta? ¿No dormía?

—Claro... Pero me desperté bruscamente. Fue una pesadilla.

—¿Y dice que llovía?

—A cántaros. El agua resbalaba por los cristales formando una auténtica cortina.

—Pues eso debía formar parte de su pesadilla, Mónica.

Ella se estremeció.

—Es absurdo —dijo con un hilo de voz—. Todo era real... Todo era tan real que podía tocarlo con las manos... La ventana... La cama... Tía Evelyn.

—¿Tía Evelyn?

—Sí... Es grotesco, pero..., pero vi cómo la mataban.

—¿Quién?

—Tío Patrick, su propio esposo.

Ahora Mónica estaba completamente destrozada. Hablaba con voz casi inaudible. Sus ojos no se atrevían a mirar a ninguna parte. Taylor Flint movió la cabeza pesarosamente.

—El que yo tenga alucinaciones, teniendo en cuenta que paso hambre, es natural —dijo con resignación—, pero usted... Usted está bien alimentada y muy..., muy maciza. Debe tener una salud de hierro. No tiene ningún sentido el que vea a una persona muerta hace dos años.

—¿Cómo sabe... que murió?

—Me he molestado en hacer algunas indagaciones acerca de ustedes. Por otra parte, en los periódicos locales está la noticia. Basta con ver la colección. Todos hablan del accidente de la avioneta, del fuego, de las tres muertes... Por lo tanto de su tía Evelyn no queda nada. NADA, ¿entiende? Olvídela. Lo que usted ha sufrido es una pesadilla de la que debe recuperarse.

La muchacha había apoyado un momento la cabeza en la pared.

El contacto frío de ésta la tranquilizaba.

—Todo esto podría ser una pesadilla como tantas otras si no hubiera un detalle espantoso —dijo.

—¿Cuál?

—Mi madre también vio a tía Evelyn antes de..., antes de volverse loca y cometer un crimen.

—He leído también todos esos detalles —dijo sombríamente él—. Por eso la encerraron en Black Hill, ¿verdad?

—Sí, y hay que reconocer que tuvo mucha suerte. Otra mujer, en sus condiciones, hubiera ido a una penitenciaría.

—No sé si el manicomio es mejor —susurró Flint—. Y ahora óigame: quiero ayudarla porque usted es la única mujer que me ayudó desinteresadamente a mí. La única que me tendió una mano cuando yo estaba en un apuro. No pienso pedirle nada a cambio, excepto una cosa: que tenga confianza en mí.

Mónica susurró:

—¿Por qué he de tenerla?

—Porque usted está en peligro, en un peligro que quizá surge de usted misma sin que lo sepa. Y yo soy el único que puede hacer algo por una razón: porque al menos estoy fuera de esa casa. Porque estoy fuera de la pesadilla.

—La casa no tiene ninguna influencia —dijo Mónica—. Es perfectamente normal.

—Lo sé. No tiene aspecto de embrujada.

Pero de todos modos él sí tenía aspecto de preocupación al mirarla. Dio un cachetito en la mejilla izquierda de Mónica y pidió:

—No digas nada, pequeña. No aviséis tampoco a la policía de momento. Yo buscaré a Ingrid mucho mejor que esos tripones que se pasan el día haciendo aullar las sirenas.

Y se alejó.

Mónica le vio perderse entre las sombras.

Pensó: «Este tipo se cuela en todas partes. Cualquier noche me lo encuentro en la cama...».

Pero la idea no le pareció desagradable del todo.

Al fin y al cabo, pueden pasarle cosas peores a una.

CAPÍTULO XI

Taylor Flint pasó casi todo el día siguiente dedicado a buscar por todas partes el rastro de Ingrid. En una pequeña ciudad como aquélla resultaba casi asombroso el que una mujer bonita desapareciera sin dejar rastro, pero eso era lo que había ocurrido.

El detective muerto de hambre husmeó en los establecimientos de la ciudad. En las cafeterías y en los dos cines. En la sala de baile. En una casa de apariencia virtuosa donde, sin embargo, las parejas hallaban acomodo. En el hotel. En la estación de ferrocarril, donde ella podía haber tomado un billete. En la parada de autobuses. En la gasolinera, por si la habían visto pasar.

Inútil.

A Ingrid se la habían tragado las sombras.

Otra pista elemental que Taylor tenía que seguir era la de Mark, el fulano que la acompañaba. Y vio que, durante todo aquel día, Mark no salía de una profunda borrachera. Estaba sumido en una especie de coma.

Claro que aquello podía ser motivado por el mismo horror que le causaba su crimen. O quizá bebía para despistar, para fingir ante todos que no era más que un pobre borracho. Lo cierto fue que Flint aprovechó la oportunidad para colarse en la habitación de aquel tipo, cuando estaba en un bar amorrado a una botella de *whisky*.

No encontró nada de especial, teniendo en cuenta el carácter de Mark.

Sólo había allí botellas vacías. Revistas «porno». Un par de trajes usados. Poco dinero. Unas facturas por pagar.

Ni una huella de Ingrid.

Puesto que el rastro se perdía allí, Flint siguió otro. Sabía que en ese oficio todo consiste en no dejar ni un cabo suelto, pues siempre hay algún hilo que te lleva a alguna parte. Por lo tanto, siguió a Patrick.

Éste era fácil de seguir.

El tío de Mónica llevaba una vida muy metódica.

Antiguo aviador de guerra, estaba escribiendo sus memorias de la lejana contienda de Corea. Quizá aquello no tenía demasiado interés para el público, pero al menos Patrick se distraía, ya que no tenía nada mejor que hacer. Vivía de renta, aunque fuese mucho menos rico que la propia Mónica.

El dictar las memorias le permitía además tener a su lado a una secretaria demasiado bonita para dejar impasible a un fulano todavía joven. Flint sospechaba que el discreto caballero le metía mano a la dulce damisela, pero ésa era una cuestión aparte. Si todas las secretarias de los Estados Unidos se pusieran a hablar, habría, millonarios que tendrían que esconderse en las alcantarillas. Ya se sabe.

Patrick siempre llevaba la misma vida. Por la mañana gimnasia y paseo. Luego lectura de los periódicos. Después, trabajo en su despacho, con la secretaria. Más tarde, almuerzo. Nuevo paseo. Y, tres veces por semana, visita al pequeño aeroclub local situado al norte de la población.

Flint le siguió aquella tarde y pudo convencerse de que seguía siendo un auténtico piloto. Con una avioneta a reacción hizo varias pasadas escalofrantes y tomó tierra tres veces en perfectas condiciones y en un espacio mínimo. Después dio un largo paseo en helicóptero.

Por lo visto, Patrick era experto en el dominio de toda clase de aviones. Conservaba la vieja afición. Pero tampoco eso tenía que ver en absoluto con la desaparición de Ingrid y las pesadillas de Mónica.

Por lo tanto aquella noche, cuando el joven se retiró a su sencillo cuarto de hotel, tuvo que llegar a la conclusión de que no había adelantado nada.

Allí nadie era sospechoso.

Pero Ingrid no aparecía.

Aquella noche, por fin, llovió. Fue una lluvia torrencial y cargada de relámpagos, como en las películas de miedo.

Y la verdad fue que casi influyó en Taylor Flint.

Porque éste no pudo pegar un ojo hasta que por encima de la ciudad se insinuaron las primeras luces del alba.

Mark no estaba ya borracho al día siguiente. Puesto que la desaparición de Ingrid ya era una cuestión que no podía quedar dentro del seno privado de una familia, Patrick la había denunciado a la policía. Y las consecuencias fueron dos:

La policía se puso a buscarla por todas partes, en especial por las carreteras, dando por supuesto que podía haber sido víctima de algún sádico.

El periódico local y los dos periódicos comarcales publicaron la noticia.

Todo aquello pareció hacer salir a Mark de su borrachera, si es que la borrachera era real. Aunque, a decir verdad, no salió por sí solo. Lo «sacó» la policía haciéndole brincar de la cama cuando dormía la mona.

—Tú, arreando.

—Pero ¿qué pasa?

Le refregaron un periódico por las narices.

—De momento pasa esto. La chica con la que tú salías ha desaparecido. Ahora explícanos dónde la metiste.

Mark juró que era inocente.

Pataleó.

Se cargó el ojo de un guardia.

Pero todas esas cosas acostumbran a ser inútiles cuando la policía sigue una pista. El culpable de la desaparición tenía que haber sido o un sádico de la carretera o Mark. Y como Mark estaba más cerca, lo trincaron a él. Y lo trincaron de qué manera.

Los interrogatorios duraron un día entero.

Pero al fin lo soltaron.

Taylor Flint, que había estado todo aquel día haciendo investigaciones sin resultado alguno, le estaba esperando cuando Mark salió de la pequeña estación de policía local. Vio que Mark salía de allí derrotado, físicamente hundido, pero con una mirada de odio y determinación en los ojos.

Aquel tipo le gustó menos que nunca. Era de esos que se comportan civilizadamente mientras sacan tajada de la civilización. Cuando ven que la sociedad se pone contra ellos, ya no conocen límites. Son capaces de asesinar a un ciego para robarle. Pueden abrir en canal a la chica a la que han estado amando media hora antes.

Si Flint tenía intención de hacerle alguna pregunta, esa intención se esfumó al ver la cara del buitre. Comprendió que nunca se entendería con un tipo así. Chascó dos dedos y le dejó pasar.

Mark ni siquiera se fijó en él.

Fue a su habitación a cambiarse de ropa y afeitarse. Luego se dirigió al Banco y sacó el poco dinero que tenía, dinero que le había dado Ingrid en cortas cantidades. Con él en el bolsillo, se encaminó a la estación de ferrocarril.

Estaba claro que iba a largarse de la ciudad.

Taylor Flint se daba cuenta de todo aquello, puesto que le siguió a distancia. Para él Mark era el principal sospechoso, un fulano que podía haber acabado con Ingrid en un momento pasional, al darse cuenta de que la muchacha estaba a punto de escapar de sus garras. La certidumbre de que iba a marchar de la ciudad no hizo más que reafirmarle en esa convicción.

Pero Mark pareció cambiar repentinamente de propósito.

Se dirigió a la casa de Patrick, donde éste vivía con su sobrina Mónica. Y fue solamente a Mónica a la que encontró mientras la muchacha, vestida con unos viejos *blue-jeans* y una camisita cuidaba del jardín por sí misma.

Mark saltó la verja.

No guardaba demasiadas ceremonias, el tío.

La muchacha le miró de soslayo, sin poder evitar que en sus finos labios se dibujara una leve mueca de desprecio.

—Usted es Mark —dijo—. ¿Qué hace aquí?

—He venido a hablar con ustedes.

—¿Con quiénes? ¿Con mi tío Patrick y conmigo?

—Sí. Y ahora.

—Tío Patrick no está. Ha ido a hacer prácticas de vuelo.

—Bueno, pues hablaré con usted. Poco me importa. Usted, al fin y al cabo, es la dueña de la pasta.

Mónica apoyó ambas manos en el mango de la azada que había estado manejando. No pudo evitar que su mirada de desprecio se hiciera más dura, más intensa.

—No sé qué tiene que ver la «pasta» con todo esto —dijo.

—La policía me ha interrogado por la desaparición de Ingrid, pero sé que la hicieron desaparecer ustedes.

Y las cosas no van a terminar aquí si yo no participo también en

el negocio.

—¿Qué negocio?

—Trata de blancas o algo así. De algún sitio sacan ustedes la pasta, oiga.

—¿Sabe que voy a llamar a la policía por insultos? ¿De dónde saca usted que yo me dedico nada menos que a la trata de blancas?

—Hay cosas demasiado extrañas en esa casa.

—Está loco —dijo Mónica con una voz que sin embargo, era educada—. Lárguese de aquí en su propio beneficio.

—¿Loco, eh? Pues todo le va a parecer distinto cuando yo empiece a hacer denuncias. Le repito que hay demasiadas cosas extrañas en esta casa.

—Voy a tener que armarme de paciencia con usted, Mark, aunque no sea más que un indeseable —suspiró la muchacha—. Está bien, admito el diálogo. ¿Qué diablos de cosas extrañas son las que ocurren?

—En primer lugar, la visita su madre.

—¿Quééééé?

Ahora Mónica había palidecido mortalmente.

Su asombro era total.

—Sí, ya sé que me dirá que usted no sabe nada, mosquita muerta, pero lo cierto es que a su madre la he visto dos veces merodeando por aquí. Siempre de noche. Y siempre en noches de lluvia. No puedo entender cómo a una loca peligrosa la tienen encerrada tan cerca del escenario de su crimen.

Las manos de Mónica temblaron.

Balbució:

—Mi madre está encerrada en uno de los centros más seguros de... de Estados Unidos. Y jamás ha venido aquí. ¡Me habría enterado!

—Je, je... Bueno, usted no la ha visto, pero yo sí. Ya le he dicho que sólo viene en noches de lluvia. Parece que vigila... La ha tenido merodeando por las cercanías de la casa más tiempo del que usted cree. Yo la he visto porque tenía que controlar a Ingrid. No estaba dispuesto a que se sobase con otro.

Ni las expresiones tortuosas de Mark ni el descaro de éste lograron hacer reaccionar a la muchacha. Ésta parecía completamente aterrada. Miraba al vacío con expresión ausente.

—Ya ve que son cosas demasiado extrañas —dijo Mark—. Si su mamaíta puede venir por aquí, también Ingrid puede haber desaparecido a causa de ustedes. Y no es eso solo.

—¿Aún... hay más?

—Je, je... Otra cosa extraña. La luz.

—¿Qué pasa con la luz? ¿Es que además de estar loco está usted borracho?

—Bueno... No es eso. Yo he entrado un par de veces en esta casa para ver a Ingrid a solas. Su cama es muy blanda, nena.

—Es usted un... un asqueroso.

—Pero no quiero hablarle de lo que me gusta su dormitorio. Claro que me gustaría más si estuviera usted... Lo que me pareció extraño es que el contador marcara con todas las luces apagadas. Me fijé por casualidad. El contador estaba funcionando y sin embargo, allí no se gastaba electricidad alguna.

—El frigorífico —murmuró Mónica.

—En aquel momento estaba parado.

—El lavaplatos, la lavadora automática...

—Entonces nadie los usaba.

—Bueno, ¿y qué? —susurró la muchacha, perdida ya la paciencia—. ¡Habría un cruce!

—Lo que ocurre es que esta casa está embrujada —masculló Mark—. Pasan en ella demasiadas cosas que nadie entiende. Y oiga bien una cosa: o me dan dinero para largarme de aquí y establecerme en otro sitio o contaré a la policía bastantes cosas de las que he observado. Pero quiero dinero largo, no quiero una limosna. Ingrid era una verdadera mina, y ya que la he perdido tienen que recompensarme con algo, ¿entiende? ¡Tienen que recompensarme!

Señaló su reloj.

—Volveré antes de la noche —murmuró—. Cuénteles todo esto a su querido tío Patrick.

—Cuénteselo usted —dijo ella, señalando hacia el cielo.

Porque en aquel momento la hermosa avioneta de carlinga descubierta planeaba por encima de la casa. El piloto saludó a la chica con un alegre movimiento de sus brazos. Ella le correspondió.

Pero en sus gestos no había, en cambio, nada de alegría.

—Tío Patrick se dispone a aterrizar —explicó—. Siempre me

saluda cuando vuelve de sus prácticas. ¿Quiere hablar con él? Estará aquí dentro de media hora.

Mark, como todos los cobardes, se sentía más a gusto enfrentándose a las mujeres que a los hombres. Gruñó:

—Explíqueselo usted misma. Volveré antes de la noche.

Y se retiró saltando otra vez la valla.

De todos modos estaba atardeciendo. No había dejado a la muchacha demasiadas horas para tomar una decisión.

Mark no vio el coche que atravesaba la próxima esquina poco a poco. No vio los ojos quietos y profundos que desde allí le estaban mirando.

Eran los ojos quietos y profundos de una mujer.

CAPÍTULO XII

Hasta la caída de las sombras, Mark estuvo vagando por las carreteras en un coche alquilado. Se había dado cuenta de que alguien le seguía —no sabía aún que ese alguien era Taylor Flint— y estaba decidido a desorientarlo. Lo consiguió plenamente y además le resultó muy fácil.

No es que Flint fuera un mal sabueso.

El malo era su coche.

Mientras que su cacharro se arrastraba por las carreteras como un lagarto al sol, el «Thunderbird» alquilado por Mark era una especie de flecha. Bastaron diez minutos para que Flint lo perdiese entre el dédalo de carreteras y autopistas que cruzan la comarca. A partir de entonces ya no volvió a encontrarlo más.

Mark dio una vuelta bastante larga para desorientarle del todo. Únicamente cuando estuvo convencido de que nadie le seguía, regresó a la ciudad. Pero ya entonces las sombras habían cubierto por completo todos los parajes.

Sólo unas pocas luces brillaban aquí y allá.

La ciudad junto al Potomac era residencial, con sólo un par de calles comerciales. El resto estaba formado por silenciosos paseos entre chalets y por umbríos bosques donde uno podía pasear horas sin encontrar a nadie. Todo tan distinto de algunas apretujadas ciudades latinas que los habitantes de uno y otro sitio parecían estar en distintos planetas. Pero eso significaba que en bastantes lugares sólo habían unas pocas luces aisladas que apenas rasgaban las sombras.

Mark dejó el coche en un lugar apartado y se acercó a la casa. No se dio cuenta de que otro vehículo estaba aparcado a cierta distancia.

Era el vehículo que aquella misma mañana debió haberle llamado la atención. El coche desde el cual le habían mirado en el

cruce.

Parecía no haber nadie en él.

Pero unos ojos le espiaban.

Mark no lo notó.

Fue hacia la casa.

Unas lucecitas tildaban en ella.

Patrick y su sobrina tenían que estar allí. Buen momento para exigirles una respuesta. Estupendo momento para sacarles dinero si no se decidían a colaborar.

Saltó la verja del jardín.

Avanzó en silencio.

Pensaba estar fuera de la ciudad aquella misma noche. En cuanto le sacara diez o doce mil dólares a Patrick se largaría con viento fresco.

Se pegó al porche.

El silencio era absoluto, casi agobiante.

De pronto tuvo miedo.

No sabía por qué.

Pero era una sensación oscura, confusa, una sensación que un aventurero de baja estofa como él no había tenido nunca.

Le pareció que alguien le vigilaba.

Que, todos sus movimientos estaban controlados desde que puso los pies en la casa.

Controlados por alguien que veía en la oscuridad.

Se pegó a la pared.

Ahora era una sensación física. Ahora estaba seguro de haber oído a alguien deslizándose entre las hojas.

Fue a gritar.

Pero era absurdo...

¿Gritar él? ¿Resultaba que iba a asustar a los otros y el que estaba asustado era él mismo?

Giró la cabeza.

Ahora estaba seguro de que el ruido se había producido a su izquierda. Era al principio un roce. Luego fue algo más claro.

Algo que resonaba con perfección en sus oídos. Una serie de golpes secos. Un... un taconeo.

¡Un taconeo de mujer!

Mark giró bruscamente la cabeza hacia el otro lado. Porque

ahora estaba seguro de haberlo captado en el rincón opuesto.

Su cuerpo estaba pegado a la pared.

Se notaba invadido por un sudor frío.

Y de pronto lo vio.

La mano alzada.

Los ojos que le miraban fija y quietamente.

El cuchillo...

Mark no tuvo tiempo ni de gritar. El no iba armado, porque su táctica siempre había consistido en vapulear a las mujeres simplemente. Lo único que pudo hacer fue intentar protegerse la garganta.

No llegó a tiempo.

La hoja de acero se la segó limpiamente. El chorro de sangre saltó hacia las ricas baldosas del porche. Mark cayó de rodillas.

Lanzó apenas un débil estertor que no llegó a atravesar las paredes de la casa. En ésta funcionaba el televisor casi a todo volumen, llenándola con un episodio de las aventuras de «Cannon».

Eso no impidió oír el ruido de los tacones que se alejaban. El suave y discreto rumor de la muerte.

CAPÍTULO XIII

Taylor Flint frenó su coche.

Había estado rodando prácticamente toda la tarde por las autopistas, por las carreteras comarcales, por los caminos secundarios, buscando una pista imposible. El estado de Virginia, en la parte contigua al Distrito Federal de Columbia, es una de las zonas más densamente comunicadas del mundo. Y con el viejo cacharro que pilotaba Flint era imposible seguir el rastro de un «Thunderbird» al que sólo había podido ver menos de diez minutos.

Ya había perdido toda esperanza, regresando a la ciudad, cuando de pronto vio el «Thunderbird» aparcado en una zona boscosa muy próxima a la casa donde vivía Mónica.

No lejos de allí había otro automóvil oscuro y viejo.

Se introdujo entre los árboles del bosque.

Apagó los faros.

Una vez oculto su vehículo, fue a pie a la casa. En ésta sólo titilaban unas lucecitas. A través de una ventana abierta se oían unos disparos y la voz gangosa de «Cannon».

El joven saltó la verja.

Quería saber si Mark estaba allí. Un tipejo como Mark siempre podía significar un peligro para aquella casa.

Y no es que Patrick le importara demasiado, pero Mónica sí. No estaba dispuesto a que la muchacha corriera peligros.

Fue hacia el porche.

Todo estaba envuelto en el silencio. Hasta los pájaros nocturnos que habitualmente merodeaban por allí habían callado como si temieran algo.

Clint puso los pies en las piedras de aquel porche. Y de pronto tuvo la sensación de que resbalaba. Un líquido viscoso se estaba pegando a las suelas de sus zapatos.

Se inclinó y miró hacia abajo mientras nacían en sus sienes unas

gotitas de sudor. De pronto se dio cuenta de lo que era.

¡Sangre!

¡Alguien había sido liquidado allí cerca!

Temblando al pensar que pudiera tratarse de Mónica, dio dos pasos más. Y entonces casi tropezó con el cuerpo crispado de Mark.

Esté tenía los ojos espantosamente abiertos.

En ellos había incredulidad.

Y miedo.

Pero sobre todo incredulidad. La sensación de que debía haber visto proyectarse sobre él las manos de un fantasma.

Flint se retiró poco a poco, caminando de espaldas.

Aquello había roto el equilibrio de sus nervios, a pesar de que él era un hombre habituado a hacer frente a cualquier situación. Le pareció estar sufriendo también una pesadilla.

Y entonces oyó el motor del coche. Flint saltó como una sombra más entre las sombras que llenaban aquel jardín siniestro.

El coche que se había puesto a funcionar de repente no podía ser el de Mark, porque Mark estaba muerto. Tampoco el suyo, ya que se encontraba oculto en el bosque, por fuerza había de ser el otro coche oscuro y viejo que vio aparcado un poco más atrás.

Saltó de nuevo la verja. Se pegó a la espesa zona de oscuridad que la bordeaba por entero.

En efecto, era el otro coche el que se alejaba. Venía con los faros apagados y era poco más que una mancha. Pero Flint tenía la suficiente vista, incluso en la oscuridad, para ver a la persona que conducía.

Y la reconoció.

Era la misma mujer a la que había visto en el manicomio.

Era... la madre de Mónica...

CAPÍTULO XIV

Silvia lanzó el último cuchillo.

Había alcanzado de lleno en el corazón al muñeco.

El médico que la había contemplado como otras veces dijo con una sonrisa:

—Vaya... Esta mañana está en forma.

—Sí —dijo sombríamente Silvia.

—Los cuchillos se le dan bien. Hay momentos en que pienso que usted podría haber actuado en un circo.

—Sí. La verdad es que tengo... tengo cierta habilidad para manejarlos.

—Se siente más calmada después de usarlos, ¿verdad?

—Mucho más calmada. Para mí son como una medicina.

—Bueno, eso dicen los jefes, los médicos superiores que mangonean todo esto: Que al enfermo hay que dejarlo actuar sin inhibiciones porque sólo así puede llegar a su propia curación. Y yo, la verdad, diría que usted se va encontrando mejor, Silvia, aunque en los últimos días haya estado algo extraña.

—¿Yo?

Mientras andaba por la habitación como una fiera enjaulada, la mujer le miró de soslayo. Todavía conservaba parte de la que había sido su felina belleza. Sus dedos tamborilearon unos instantes sobre la mesa antes de que sonara su voz.

—¿Por qué dice que me comporto de una forma algo extraña? —susurró sin ninguna emoción—. ¿Qué he hecho?

—Robó una cuchara —dijo el médico con voz opaca—. No crea que somos tontos. Todo está controlado aquí. Lo que ocurre es que los pequeños hurtos no los consideramos graves. Pero ¿por qué la robó?

—Me gustaba —dijo ella con voz inexpresiva—. Si quiere se la devuelvo.

—Claro que tendrá que devolverla. Déjela con los otros cubiertos cuando deposite en la tarima del pasillo la bandeja de la cena. Y dígame dónde estuvo usted ayer, porque no hubo modo de controlarla en su habitación durante todo el día.

—Paseé por el jardín.

—Pues las cámaras de televisión en circuito cerrado no la captaron.

—Bueno... el jardín es muy grande.

—No me gusta el régimen de excesiva libertad que han impuesto los jefes aquí —dijo el médico—. No, no me gusta... Ya sé que hay locos que se ocultan detrás de los árboles y están dos o tres días sin querer salir de allí, pero al menos están controlados. Usted no. Usted es de las mujeres que se escabullen como una serpiente.

—No llame serpiente a mi madre —dijo entonces la voz desde el otro lado de la puerta.

El médico se volvió.

La belleza de aquella muchacha siempre le había impresionado.

Pero ahora estaba más bonita, más altanera, más preciosa y agresiva que nunca. Dominar a una chica agresiva es una de las tareas más emocionantes a que se puede dedicar un hombre.

Murmuró:

—No sabía que era hora de visita, señorita Mónica.

—¿Molesto?

—Oh, no. Pase. Yo ya me iba.

Retiró el muñeco; se llevó los cuchillos y el carnet en que había estado tomando notas durante el ejercicio. La muchacha se sentó un momento en la cama, con aspecto terriblemente cansado, mientras miraba a su madre.

—Mamá, no sé por qué te dejan hacer estos ejercicios —musitó al cabo de unos instantes, con gesto de impotencia.

—Dicen que debo repetir los actos por cuya causa estoy aquí. Opinan que sólo así podrán estudiarme bien, dando tiempo a que reaccione.

Y clavó los ojos en su hija. Eran unos ojos grandes, suaves, llenos de una secreta ternura.

—Mónica —bisbiseó—, ¿qué te pasa?

—Creo... Creo que a mí también van a tener que encerrarme, mamá.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Silvia, sobresaltada—. ¿Y por qué?

—No puedo más...

—¿En qué no puedes más? ¿Qué ocurre?

—Ha desaparecido Ingrid.

—Bueno... Me contaste que salía con un hombre, ¿verdad?

—Sí.

—Pues se habrá largado con él. Por desgracia, bastantes chicas irreflexivas hacen ahora eso.

—Es que ese hombre también ha muerto.

—No... no puede ser...

Silvia había contraído los dedos angustiosamente.

—Lo mataron en casa. Fue anoche. Esta mañana un simple repartidor de periódicos ha encontrado su cadáver en el porche —murmuró Mónica con voz quebrada.

—¿Pero... pero es que quieres decir que...?

—Sí. Lo habían degollado.

Silvia se estremeció.

Sin embargo, sus ojos seguían impasibles.

Como muertos.

—Esas cosas ocurren a veces —dijo al fin, tras unos instantes de silencio insoportable—. En las pequeñas comunidades siempre hay algún maniaco. A veces incluso más que en las ciudades grandes.

—No es eso, mamá. Es algo distinto, algo que está relacionado con nosotros. Una maldición nos persigue.

—¡Bah! ¿Quién puede pensar en eso?

—Tú cometiste un crimen.

—Es una cosa lejana —dijo Silvia con voz opaca.

—Yo he visto a tía Evelyn. Te juro que la he visto. Y he sentido la lluvia cuando no llovía. Y he sentido la muerte.

Su madre la miró.

Los ojos dejaron de estar como perdidos en la ventana.

—¿Qué dices? ¿Llover cuando no llovía?

—Sí. Ya sé que es absurdo, mamá. Pero ésa es una de tantas cosas que me están volviendo loca poco a poco.

Silvia la miró fijamente. Seguía habiendo en sus ojos una gran ternura, pero al mismo tiempo había también horror. Poco a poco fue hasta su hija y se sentó en la cama junto a ella, en silencio.

—Explícame cómo fue —dijo—. Cuéntamelo con todo detalle, sin omitir nada, por insignificante que te parezca.

La muchacha efectuó la narración con voz temblorosa. Podía parecer extraño, pero se sentía más tranquila allí que en ninguna otra parte, junto a su madre, pese a saber que su madre estaba encerrada por asesina. Cuando terminó, pudo darse cuenta de que los ojos de Silvia seguían estando quietos y como muertos.

—Esos perros de la vigilancia lo han oído todo —dijo al cabo de unos instantes de silencio casi insoportable—. Aunque te permiten estar fuera de la habitación siempre que quieres, graban todo lo que se habla aquí. E incluso tienen docenas de micros repartidos por los árboles. Pero no te preocupes: están acostumbrados a recoger toda clase de conversaciones extrañas. Ésta no les llamaría la atención.

Mónica se retorció los dedos con angustia. Su sensación de relativa seguridad había ido desapareciendo, se había ido disolviendo en el aire.

—Mamá, ¿qué debo hacer? —susurró.

—Irte. Tienes dinero para eso.

—No puedo irme. Tengo la sensación de que los fantasmas que me han perseguido hasta ahora me seguirán persiguiendo aunque me vaya al fin del mundo. Es inútil.

Y añadió:

—Además, ahora la policía no me dejará vivir. Entre la desaparición de Ingrid y la muerte de Mark, el hombre que la acompañaba, esto va a ser un infierno. No permitirán que me aleje ni a diez pasos de la ciudad.

Silvia pareció reflexionar. Mientras lo hacía, acarició los suaves cabellos de su hija, pero lo hizo maquinalmente, sin interés, como lo haría un resorte. La muchacha tuvo la oscura sensación de que no se interesaba realmente por nada. De que para ella sólo su mundo interior —quizá un siniestro mundo interior— existía.

Hasta sintió como un lejano principio de miedo.

—Voy a volver a casa —dijo—; sólo quería que supieras todo lo que ha ocurrido. Como aquí no recibes periódicos, quizá te hubieran llegado rumores que te hubiesen asustado más que mis palabras. He preferido que lo supieras por mí misma.

Y se puso en pie. Sentía miedo de salir de allí, miedo de enfrentarse otra vez al destino.

—Te acompañaré —dijo Silvia—. Por fortuna no ponen ningún inconveniente a que yo llegue hasta la puerta exterior.

Salieron las dos. Ninguna se fijó —porque estaba demasiado lejos y demasiado oculto— en el hombre que lo vigilaba todo con unos prismáticos desde la parte más alta de la colina. No vieron a Taylor Flint.

Éste bajó los prismáticos poco a poco mientras sentía una tensa opresión en el pecho.

Le resultó muy fácil seguir los movimientos de Mónica, sobre todo porque el «Ferrari» era uno de esos coches que no se confunden fácilmente con los demás. Luego fue siguiendo con los prismáticos a Silvia, que había acompañado a su hija hasta la puerta exterior, justo hasta el punto donde los guardias impedían seguir más adelante. Vio cómo la mujer regresaba pensativamente por la alameda, en tanto un *jeep* de vigilancia la seguía a pocos pasos. Pese a la aparente libertad que reinaba allí, los *jeeps* patrullaban por todas partes y se intercomunicaban por radio unos con otros, manteniendo bajo control a los enfermos. O al menos eso decían.

Silvia estuvo un largo rato sentada en uno de los bancos y luego volvió a pasear. El *jeep* ya no la seguía. Se introdujo en el bosque.

Las raigas de los abetos llegaban hasta el suelo.

Lo ocultaban todo.

Y Flint se dio cuenta, aunque a distancia, de que existía un fallo en los sistemas de seguridad del manicomio. Aunque apenas ningún manicomio del mundo es seguro, porque las normas de la medicina exigen que no se parezca a una cárcel, éste tenía un defecto fundamental. El enorme bosque permitía que los enfermos llegasen hasta la valla exterior prácticamente sin ser vistos.

Claro que debía haber micros en los árboles.

Y que los *jeeps* patrullaban.

Pero resultaba imposible controlar toda aquella extensión de bosque, con la que se había querido que los enfermos estuvieran siempre en contacto con la naturaleza, ya que la naturaleza es quizá el elemento curativo más eficaz que existe.

Claro que era inútil intentar pasar por encima de la valla metálica. Los sistemas de alarma funcionaban entonces automáticamente.

Pero había algo que Flint descubrió.

Se podía pasar por debajo. Y no ocurría nada.

Flint lo vio perfectamente.

Silvia apartó las ramas de un abeto y dejó al descubierto el pasadizo a cielo descubierto que se filtraba debajo de la valla metálica, horadando el suelo. Debía haber hecho aquel trabajo simplemente con la cuchara robada, durante horas y horas de pesada tarea, siempre con el miedo a ser descubierta. Pero lo había conseguido gracias a las ramas de los abetos, que la ocultaban, y a la tierra blanda.

Por el lado exterior de la valla, la salida del pasadizo estaba tapada por medio de unos arbustos. Hacía falta estar materialmente encima de ellos para darse cuenta de la trampa. Flint miraba todo aquello conteniendo la respiración.

Un cierto sentimiento de horror le dominaba.

No podía evitarlo.

Porque se daba cuenta de que la noche anterior... ¡él había visto la verdad! ¡Porque la mujer a la que descubrió mientras se producía el crimen era efectivamente Silvia!

Silvia era capaz de salir de Black Hill como los fantasmas salen de las tumbas...

CAPÍTULO XV

Tío Patrick caminaba de un lado a otro del enorme jardín con la expresión perdida. Quizá nunca se le había visto tan abatido como entonces, ni siquiera cuando su esposa murió en aquel accidente de avioneta. Porque cuando tía Evelyn murió, todo habían sido pésames y palabras de aliento. Ahora, en cambio, todo eran recelos, puesto que la policía se preguntaba cómo era posible que Ingrid, la doncella, hubiese desaparecido sin dejar ningún rastro, y cómo era posible que el hombre que la había acompañado en los últimos tiempos hubiese acabado con la piel hecha trizas en el porche de aquella misma casa.

Todas esas cosas hunden la reputación de cualquiera. La gente comenta y a veces recela. Aunque uno sea inocente, no puede evitar que se le señale a escondidas y de un modo u otro se le considere involucrado en una cadena de crímenes.

Sobre eso parecía meditar Patrick, el hombre que hubiera tenido tantos motivos para ser feliz, cuando el inspector jefe de la policía local se acercó a él, viniendo desde el otro lado de la arboleda.

—Hay muchas huellas —dijo el inspector—. Parece que son bastantes las personas que entran y salen de este jardín.

—Claro... Siempre hay que contar con algún chiquillo. Y con las personas que cuidan de las plantas. Al menos dos jardineros trabajan de una manera permanente. ¿Pero qué han encontrado en el porche, junto al cadáver? Eso es lo que importa...

—Nada —dijo el inspector.

—¿Cómo que nada?

—Las huellas fueron borradas. La persona que hizo eso conocía muy bien la casa y luego pasó un trapo húmedo por las baldosas del porche. Se nota que el asesino fue alguien perfectamente dueño de sus nervios. Todas las huellas han resultado absolutamente borradas, tanto que ni los mejores expertos llegados directamente

de Washington han encontrado nada que valga la pena.

Patrick hizo un gesto de desaliento.

—Si las cosas continúan así —dije—, voy a tener que irme de la ciudad. La gente creará que esta casa está maldita.

—Bah... Tonterías. Tampoco han ocurrido tantas cosas.

—¿Qué han logrado saber de Ingrid? ¿Han descubierto algo?

—Nada. Y resulta extraño, porque en esta comarca todo el mundo observa a todo el mundo. Una chica tan bonita tiene que dejar indicios en alguna parte, ¿comprende? Sobre todo en estas carreteras donde existen tantos paradores y donde hay una circulación tan intensa. Empiezo a creer en la obra de algún sádico.

—¿Y... qué hubiera ocurrido con un sádico, inspector?

—Pues que posiblemente encontremos el cuerpo en lo más recóndito de algún bosque cuando ya esté casi descompuesto. He visto a veces personas que llevaban seis meses colgadas de un árbol y nadie se había dado cuenta. Recuerdo un caso en que...

—Por favor, no me lo cuente.

—Ah, ya... Bueno, entiendo perfectamente que no esté usted para historias, señor Patrick. Lo que quería decirle es que quizá tengamos pronto noticias, porque la policía de Washington ha enviado perros amaestrados. Esos bichos serían capaces de seguir el vuelo de una mosca en el interior de una selva. En fin... Si he venido ha sido para rogarle oficialmente que no se vaya de la ciudad, señor Patrick. Podemos necesitar su declaración en cualquier momento. Y si el cadáver de Ingrid se descubre, como esperamos, tendrá usted que identificarlo personalmente.

Patrick hizo un gesto de resignación.

Se notaba que aquello le había afectado profundamente. Estaba más envejecido, más hundido. Aquel aire deportivo y desenvuelto que siempre tuvo, incluso después de la muerte de su mujer, parecía haberse perdido para siempre.

El inspector, se alejó después de murmurar unas palabras de excusa. Patrick regresó lentamente al interior de la casa.

Vio que el dormitorio de Mónica, la habitación tal vez más bonita y espaciosa, estaba abierto. La chica acababa de ajustarse una falda, pero no enseñaba nada que no pudiera enseñar. Su tío entró allí poco a poco.

—Has estado viendo a tu madre —dijo pensativamente.

—Sí.

—Celebro que no pueda salir del manicomio, porque si no serían capaces de considerarla una sospechosa. Es lo único bueno de estar allí: que al menos la dejen al margen. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo quieres que me encuentre? Todo esto ha llegado a aterrorizarme. Hasta este dormitorio que antes era tan acogedor, me parece ahora... siniestro.

—Lo comprendo, pero es un estado de ánimo que pasará. Este dormitorio es la habitación más bonita de la casa.

—Aun así, hay algunos detalles que me deprimen.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo ese cuadro de Millet. Es precioso, pero es triste. Esos dos campesinos rezando en el toque del *Angelus*. Ya sé que es una tontería, pero... pero da la sensación de que rezan por mi propia alma.

—¿Y qué quieres que haga? No es el cuadro original, porque en ese caso valdría una fortuna, pero las copias bien hechas también merecen respeto. No veo ningún motivo para quitarlo de aquí.

—Aun así voy a hacerlo.

Y la chica se acercó al cuadro.

Fue a descolgarlo.

Pero de pronto algo ocurrió que cambió las cosas. De pronto notó en el cuerpo las manos de su tío que la apartaba brutalmente mientras gritaba:

—¡Déjalo!

Estaba descompuesto. Su cara había cambiado en cuestión de segundos. Sus manos temblaban. La muchacha le miró sin aliento, como si creyera estar hablando con una persona completamente distinta.

—Pero, tío Patrick... —susurró—. ¿Qué te pasa?

El se llevó una mano a la frente. Poco a poco parecía ir recobrando la calma. Con voz ahogada susurró:

—Nada... Es que... En fin, todo esto me ha descompuesto los nervios. Y es muy natural, ¿sabes? Nunca me habían ocurrido cosas así.

Y añadió suavemente:

—Te pido perdón.

Mónica estaba irritada por aquel trato que creía no haber

merecido, pero en unos instantes su carácter dulce se impuso. Hizo un suave gesto e incluso tranquilizó a tío Patrick con una caricia en la espalda.

—No te preocupes —dijo—, el cuadro puede quedarse ahí.

—Oh, no... Si quieres, retíralo.

—Tampoco tiene tanta importancia.

Y la muchacha lo miró de nuevo.

De pronto parpadeó.

Parecía ver en él algo que no era normal y que sin embargo, *lo era*. Algo que la intranquilizaba y no sabía por qué. Algo que desataba sus recuerdos.

—Estoy segura de que cierta vez ocurrió una cosa muy extraña —musitó—. Estoy convencida de que... de que este cuadro no tenía firma.

—Pero ¿qué dices? La firma la tiene ahí...

En efecto, estaba claramente destacada en la tela. Sin embargo, la muchacha cerró los ojos con pesadumbre, meneando la cabeza.

—No sé... —dijo—. Ya me doy cuenta de que es una cosa sin sentido, pero estoy convencida de que alguna vez lo he visto sin firmar.

—Lo soñarías...

La muchacha se llevó un momento la derecha a los ojos mientras parecía vacilar. Luego dijo con voz insegura:

—Sí. Seguramente fue un sueño.

—A veces uno, en las pesadillas, ve las cosas con una tremenda realidad, como si las estuviese viviendo de veras.

—Eso debe de ser —susurró la muchacha—. Me ocurrió cuando estaba convencida de ver a tía Evelyn. Lo curioso es que...

—¿Qué?

La muchacha volvía a vacilar. Otra vez había tenido que llevarse la derecha a los ojos con un gesto de incertidumbre.

—... Lo curioso es que la visión de tía Evelyn va unida a la visión de ese cuadro sin firma. Todo se junta en una misma pesadilla. Ya sé que no tiene ningún sentido, pero... En fin, una no es responsable de su propio miedo. No hago más que contarte lo que he creído ver.

—Y haces bien, Mónica. Uno siente mucho menos su propio miedo cuando lo comparte con otro. Ahora lo que debes hacer es

descansar.

Y cerró la puerta del elegante dormitorio. Mónica quedó sola con sus pensamientos, con sus dudas, sola con su miedo. Acabó por dejarse caer sobre la cama mientras miraba con ojos desorbitados el techo de la habitación.

Todo parecía dar vueltas.

Pero ¿por qué de pronto aquel techo le parecía distinto de otras veces? ¿Por qué? ¿Por qué...?

Sus ojos seguían estando desencajados.

Y los acabó cerrando por miedo a sufrir otra vez una angustiosa pesadilla.

CAPÍTULO XVI

La despertó el ruido del agua un par de horas más tarde. Bruscamente la muchacha se sentó en la cama, con el corazón encogido y los ojos todavía cerrados, notando una especie de vértigo que la ahogaba.

El miedo la impidió gritar.

Porque el ruido del agua al caer significaba la muerte para ella. No sabía por qué, pero SIGNIFICABA LA MUERTE. Cuando vio cómo mataban a tía Evelyn, o mejor dicho cuando creyó ver cómo la mataban, estaba cayendo una implacable lluvia. Y Mónica no sabía aún que cuando Ingrid encontró la muerte estaba cayendo también una tromba de agua. PERO LO PRESENTÍA. Estaba segura de que si a Ingrid le había ocurrido algo espantoso tenía que haber sido mientras más allá de la ventana se escuchaba aquel sonido alucinante.

Ahora llovía...

¿Pero cómo había podido cambiar el tiempo de aquel modo?
¿Cómo era posible que...?

La muchacha lanzó un grito.

Todavía con los ojos medio cerrados a causa del sueño corrió maquinalmente hacia la puerta. La abrió de golpe.

Y más allá estaba una sombra.

Una sombra ocupaba el pasillo.

Era como la que había visto Ingrid antes de morir, aunque ahora Mónica no podía ni imaginarlo siquiera.

¿O tal vez la sombra no era igual?

La muchacha estaba aterrorizada.

Se lanzó hacia adelante.

—Dios mío... —gimió.

Era incapaz de razonar, incapaz de obrar por su cuenta.

Chocó entonces con algo. Los brazos la rodearon suavemente.

Eran unos brazos protectores, casi acariciantes, entre los cuales se sentía segura. No supo por qué, pero su miedo se disipó de pronto.

Abrió entonces los ojos del todo, dominando su sensación de pesadilla, y vio a tío Patrick. Tío Patrick le sonreía animosamente mientras la miraba a tan corta distancia.

—Pero Mónica..., ¿qué te pasa? —murmuró.

—Ésa..., esa repentina lluvia.

—¿Qué lluvia?

—Me ha despertado... Y yo la he oído perfectamente... ¡La he oído!

Tío Patrick volvió a sonreír. La acompañó de nuevo hacia el interior del dormitorio, aunque ella se resistía. Con un gesto que quería ser reconfortante le mostró la ventana a través de la cual se filtraban los rayos del sol, y que estaba salpicada apenas por unas gotas.

—La cosa no puede ser más sencilla —dijo—. El jardinero está regando los parterres de flores junto a la ventana. Ése es el ruido que te ha despertado y que tú has confundido con el de la lluvia. ¿Pero por qué tanto miedo?

Mónica se sentía derrumbada.

De pronto se dio cuenta de que había sufrido una especie de pesadilla otra vez. De que había creído ver algo que no existía.

—Creo que tendré que cuidar mis nervios —balbució—. Estoy deshecha...

—Lo que ocurre es que empiezas a necesitar la asistencia de un psiquiatra. No, no te asustes ante la palabra... —añadió cariñosamente—. Tú sabes mejor que yo que para ir a la consulta de un psiquiatra no hace falta tener ningún trastorno mental. Basta con tener pequeños problemas que exigen un arreglo. Tú sabes que la mayor parte de las familias norteamericanas van a esa clase de consultas[1].

—No, no me asusto —dijo ella penosamente—. La verdad es que yo misma había pensado ya en la necesidad de imponerme alguna cura.

—Esas pesadillas son debidas a cualquier trastorno nervioso que seguramente carece de importancia, pero que no puedes olvidar. Creo que debes elegir tú misma el psiquiatra al que te interesa ir.

—Elígelo tú —susurró Mónica cansinamente.

—No, no... Por Dios. Ésa es una decisión personal. Hazlo tú misma. No quiero ser responsable si luego no acierta a curarte bien.

Mónica se sentó en la cama. Era aquél un gesto muy femenino, muy suyo. Intentó recordar los nombres de los profesionales más prestigiosos de Washington, pues la capital estaba cerca, y en la pequeña ciudad donde ellos vivían no había ningún psiquiatra. Al fin recordó el nombre de uno con el que había visto publicada una entrevista últimamente.

—El doctor Bayard —dijo.

—Perfecto. Puedes ir a verle cuando quieras.

—Ahora mismo —dijo la muchacha.

Y salió decididamente.

Cuanto antes empezara aquel asunto, mejor.

No quería exponerse otra vez a aquellas alucinaciones. No quería estar expuesta a no reconocer su propio dormitorio, que le parecía de repente un antro de fantasmas.

Salió de la casa y pasó muy cerca de donde el jardinero estaba regando los parterres de flores. Se puso al volante de su «Ferrari» y salió a gran velocidad hacia Washington. Aún llegaría a tiempo de visitarse aquel mismo día.

El joven que estaba vigilando la casa a poca distancia, procurando pasar inadvertido, vio pasar el bólido y gruñó:

—Cualquiera sigue a ese trasto... ¡Si pudiera comprarme un coche rápido, aunque fuera en cómodos plazos...! ¡Maldita sea...!

CAPÍTULO XVII

El doctor Bayard resultó ser un hombre serio, reflexivo, competente, que escuchó su caso con el mayor interés. Cuando supo que la madre de Mónica estaba en el manicomio, tuvo la delicadeza de no hacer ningún comentario. Mi siquiera un gesto.

Puesto que no conocía a tío Patrick ni le había oído nombrar nunca, tuvo que hacer una serie de preguntas sobre él. También hizo muchas preguntas sobre el ambiente familiar de Mónica y sobre las relaciones sexuales de ésta, cuestión que fue muy fácil de responder, pues las relaciones sexuales de Mónica no existían aún. Por fin centró las preguntas en torno a las sensaciones de horror que habían atormentado a la muchacha.

Le hizo describir minuciosamente la habitación, el cuadro de Millet que le había parecido ver sin firma, la ventana a través de la que había visto la lluvia... Le hizo describir hasta las ropas de la cama y el color de la pintura de las paredes. Pero todo era tan normal, tan insignificante casi que el doctor Bayard no encontró en ello ningún indicio para ayudar a la muchacha.

Al fin musitó:

—En el ambiente que la rodea no veo nada que pueda perjudicarla, Mónica, a no ser el recuerdo de lo que le sucedió a su madre.

Mónica negó con la cabeza.

—Lo curioso —dijo— es que a mi madre la recuerdo poco. Tío Patrick, con el que vivo para no estar sola, sabe que el mencionarla me puede producir un trauma y por eso apenas hablamos de ella. Sin embargo a mi madre la veo con mucha frecuencia, pero de la forma más natural del mundo. No sé cómo explicárselo... En el ambiente familiar, a mi madre no se la considera una loca. No se habla jamás del crimen que cometió. Y cuando la voy a ver al manicomio es como si la fuese a ver a una clínica donde acabaran

de operarla. Todo aquello ha llegado a parecerme natural. No, no creo que eso haya llegado a obsesionarme. Tiene que ser otra cosa...

—¿La lluvia?

—Sí, tal vez sea la lluvia. Tal vez sea..., sea eso...

—¿Vivió en su infancia alguna escena de horror cuando llovía?
¿Recuerda eso?

—No, no viví ninguna.

—De niña, ¿tenía miedo a las noches de tormenta?

—Tampoco. Siempre he sido una niña que pudo considerarse valiente. La verdad es que no he empezado a tener miedo... hasta ahora.

El doctor Bayard movió la cabeza pensativamente.

—Confieso que me desconcierta —dijo—. Prefiero ser sincero con mis clientes y decirles siempre la verdad, aunque esa verdad no me beneficie. Su caso es muy extraño y me temo que no voy a poder ayudarla, al menos por ahora. Todo lo que me explica parecen ser simples alucinaciones.

—Y eso..., ¿qué causa tiene?

—He intentado buscar causas psicológicas —dijo Bayard—. Terrores infantiles, obsesiones con la lluvia, malos recuerdos que van unidos al rumor del agua... Pero nada de eso existe al parecer. También he intentado buscar causas ambientales y no las he hallado. Por lo que me cuenta, usted vive en una casa alegre y donde no falta un detalle para el confort. ¿La casa es suya?

—Sí.

—Entonces, ¿qué hace en ella tío Patrick?

—Ya se lo he dicho: vive conmigo para que no esté sola. Y él también necesita la compañía de un familiar, claro, porque es viudo. Además, durante mis viajes que a veces duran mucho tiempo, él cuida de la casa. Perteneció a su mujer, muerta en un accidente de avioneta, pero la he heredado yo.

—Comprendo.

Mónica le miró con una chispa de inquietud en sus ojos.

—Entonces —preguntó trémulamente—, ¿qué raíz puede tener lo..., lo que me ocurre?

—Una raíz física.

—¿Quiere decir que mi cerebro... no es como el de las otras

personas?

—Hablo en hipótesis solamente. Quizá pueda haber una anormalidad en él, una anormalidad fácilmente corregible. Por el momento le daré una tarjeta para que visite a un compañero especialista. El le hará un encefalograma. No es nada de particular. Con el resultado, debe venir a verme otra vez.

Y escribió unas líneas en una cartulina. Luego se la tendió a la muchacha.

—La espero la semana próxima —añadió.

—Gracias, doctor.

Cuando Mónica salió, la cabeza le daba vueltas.

Tenía miedo otra vez, pero ahora era un miedo distinto. Le aterrorizaba pensar que podía ser como su madre. Que podía matar sin motivo aparente. Que podía estar moviéndose en un mundo que no existía.

Cuando regresó a la ciudad era ya muy tarde. Sobre las calles tranquilas y solitarias tildaban las luces de la noche. Más allá de los jardines, de las casas que parecían abandonadas, no se captaba ni el movimiento de un gato.

La muchacha detuvo el automóvil ante la puerta basculante. Unos rayos de luz enviados contra ella según un código convenido hicieron funcionar las células fotoeléctricas. La puerta basculó sobre su eje y dejó el paso libre.

El «Ferrari» entró con un leve runruneo.

El silencio más absoluto imperaba en todos los rincones de la casa. Parecía no haber nadie en ella. Daba la sensación de haber quedado totalmente deshabitada, dejándola como escenario para los fantasmas.

Pero eso era normal allí. Precisamente una de las cosas agobiantes de aquel edificio era la sensación de soledad que daba desde que Ingrid desapareció. Por lo tanto Mónica no prestó demasiada atención a aquella sensación opresiva y salió de su coche. Fue a cerrar la portezuela.

Y entonces la mano fría y dura se clavó en su hombro. Entonces captó el aliento cosquilleándole bruscamente en la nuca.

Su primer pensamiento fue sencillo y trágico a la vez: «Voy a morir». No sabía a manos de quién, pero iba a morir. Tampoco supo por qué, su cerebro alucinado le trajo la imagen de tío Patrick.

Era tío Patrick quien iba a matarla.

Era tío Pa...

Se volvió bruscamente, con la zarpa de la angustia clavada en el rostro. La voz de Flint musitó entonces:

—Quieta. No haga ruido... No trato de hacerle ningún daño.

Ella quedó sobrecogida, apretada contra el «Ferrari».

No tenía fuerzas ni para respirar. El corazón le hacía daño dentro del pecho.

—¿Qué busca aquí? —musitó.

—Trato de advertirla. Quiero decirle que debe ponerse en guardia.

—¿Contra quién?

—Contra su propia madre.

Mónica se estremeció. Aquellas palabras le hicieron tanto daño como una cuchillada.

—Ante todo dígame cómo ha entrado aquí —exigió fríamente.

—No es tan difícil. En mi profesión de detective no gané dinero, pero aprendí a hacer funcionar una puerta con células fotoeléctricas. La estaba esperando porque sabía que iba a volver. Comprendo que no es muy agradable moverse como un fantasma, pero necesitaba hablar con usted a solas.

—¿Hablar de qué?

La voz de Mónica era fría, distante.

—Ya se lo he dicho: de su madre. Voy a contarle algo que no le gustará, pero creo que debo hacerlo para que usted pueda conservar la vida. Le confieso que a mí tampoco me gusta hablar de eso. Verá...

Y le narró todo lo que había visto en el manicomio. Le explicó que Silvia podía entrar y salir de allí con cierta facilidad, o sea que no era cierto lo de que siempre hubiera estado encerrada. Aquello cambiaba tanto las cosas que Mónica sintió otra vez una especie de fría cuchillada. Hundió la cabeza en el pecho mientras musitaba:

—Es imposible...

—Le juro que, por desgracia, lo he visto. Y hay algo más.

—¿Algo más aún? ¿Qué...?

—Había un cadáver colgado de uno de los árboles del bosque. Su madre lo enterró.

Todo el cuerpo de Mónica sufrió una brutal sacudida, quizá

porque aquello ya desbordaba la capacidad de su imaginación. El hecho de que su madre hubiera podido matar a alguien *dentro del manicomio* y tenerlo colgado de un árbol *dentro del manicomio* era algo que le parecía inconcebible. Algo que le producía un pinchazo en el cráneo, impidiéndole razonar.

—Todo eso es mentira —dijo—. Una sucia mentira...

—¿Y por qué iba a serlo? ¿Qué ganaría yo con ello?

Mónica tenía lágrimas en los ojos. Con un gesto rebelde volvió a negar.

—No sé quién gana y quién pierde con esto —dijo—, pero es mentira.

La mirada limpia y serena del hombre la convenció de que él no quería engañarla. Había algo en Flint que inspiraba confianza, algo que hacía pensar: «Este hombre está pretendiendo ayudarme con todas sus fuerzas. No me miente».

De pronto se encontró más sola que nunca, más hundida, más necesitada de protección. Apoyó bruscamente la cabeza en el pecho de Flint mientras musitaba:

—Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Huir de aquí...?

—Tal vez fuera lo más aconsejable, Mónica.

—Pero entonces dejo a mi madre abandonada a..., a sí misma.

—Ése es un buen sentimiento. Sin embargo, no es un sentimiento práctico.

—Nunca dejaré a mi madre —musitó ella, reforzando sus palabras con un gesto de cabeza—. No consentiré que siga cometiendo crímenes, si es que de verdad ha cometido ésos. Sé que soy yo la única que puede ayudarla.

Clint la contempló con una admiración que ya no trataba de disimular. Aquella muchacha no sólo tenía buenas piernas, sino que además tenía buen corazón. No es tan fácil encontrar una combinación semejante.

Chascó dos dedos.

—Y sin embargo hay algo... —dijo—, algo que...

—¿Qué?

Mónica le miraba con una brusca esperanza en sus ojos.

—No sé... —musitó Flint—, pero hay algo que no encaja.

—¿No encaja? ¿El qué?

El se pasó una mano por la frente como si de pronto sus

pensamientos le produjesen vértigo. Su mirada desorientada paseó por el garaje. Luego apretó los puños mientras murmuraba:

—En este momento me resulta imposible decir lo que es, pero hay algo... Es algo que yo he visto.

—¿Qué?

—No puedo precisarlo aún —susurró Flint—. Hay cosas que uno ve y no acaban de quedar grabadas en su conciencia. Es posible que llegue un momento en que me dé cuenta de lo que significa, pero mientras tanto le diré lo que debe hacer. Por lo pronto no corra ningún peligro más.

—Yo diría que hasta ahora no he corrido demasiados.

—Realmente no lo sabe, Mónica. Si muchas cosas de las que ha creído ver *las ha visto realmente*, es que existe un universo de horror en torno suyo, un universo de horror que en cualquier instante puede devorarla. Vaya unos días a Nueva York o a Washington y espere a que yo le telegráfie. Le daré noticias de todo lo que suceda.

—Nadie le ha encargado de esta vigilancia, Flint —dijo ella con cierta dureza.

—Lo sé, y no pretendo cobrar nada por ello. Sólo trato de protegerla porque... —se mordió el labio inferior, como si de pronto no supiera qué decir—, porque me parece que usted necesita la ayuda de alguien. Y tengo la sensación de que sólo yo puedo ayudarla porque sólo yo he visto actuar a su madre.

—No trataré de... denunciarla a ella, ¿verdad?

—En todo caso no lo haré sin consultarla antes a usted, Mónica. Voy a investigar con toda la serenidad posible, pero ante todo quiero que no corra usted peligro. En Nueva York, por ejemplo, estaría más segura.

Ella pareció convencida. La verdad era que estaba asustada en aquella pequeña ciudad que conocía tanto. Estaba asustada en aquella casa cuyos rincones le eran tan familiares. Estaba asustada de su propia madre.

Y cuando una persona se encuentra en un estado así, cuando tiene miedo de todo, lo mejor que puede hacer es cambiar de ambiente.

Mónica se sentía totalmente denodada, totalmente hundida.

—Creo que voy a hacerte caso —susurró—. Marcharé mañana

por la mañana. Esta misma noche se lo diré a tío Patrick.

—Harás bien. Y aunque él crea que estás mejor aquí, no le hagas caso. Estoy seguro de que tío Patrick también trata de defenderte, pero a su manera.

—De acuerdo, Flint.

Se separó un poco de él.

Los dos se miraron a los ojos, los dos vieron sus labios muy cerca.

Pero no se besaron. Aunque Mónica hubiera deseado sentir el contacto de los labios del hombre, fue él quien no se atrevió. Un muerto de hambre no puede besar a la dueña de una montaña de dólares.

Se apartó poco a poco, alejándose hacia la puerta. Se movía también como una sombra silenciosa y furtiva, tanto que Mónica llegó igualmente a sentir miedo de él.

Ya no se sentía segura de nada ni de nadie.

Lentamente regresó al interior de la casa. Tío Patrick estaba viendo uno de los últimos programas de televisión. Se levantó y la besó en la frente.

—¿Cómo han ido las cosas en Washington, pequeña? ¿Qué te ha dicho el doctor Bayard?

Mónica se lo contó todo, entregándole incluso la nota que le había dado para que fuera a hacerse un encefalograma. Tío Patrick tuvo un gesto de preocupación, aunque logró disimularlo inmediatamente.

—¿Cuándo piensas ir al especialista? —preguntó.

—Mañana mismo, pero puede que me quede una temporada allí.

—¿Dónde?

—En Washington.

—¿Por qué una temporada allí? ¿Crees que si alguien quiere acabar contigo no puede hacerlo igualmente en Washington?

—Puede que me vaya a Nueva York, donde nadie conoce a nadie... —dijo la muchacha con gesto apesadumbrado—. Puede que permanezca oculta algún tiempo... No sé, pero la verdad es que siento miedo, tío Patrick. Miedo de esta casa y miedo de esta ciudad. No podría explicarlo, pero eso es lo que siento.

El hombre tuvo también un gesto de pesadumbre. Había momentos en que se le veía impotente para resolver aquella

situación. Hundidos los hombros con un gesto resignado.

—Si el mal lo llevas en ti misma —dijo—, será inútil huir. Esos temores absurdos te acompañarán adonde tú vayas.

—No son temores absurdos, tío Patrick. Y pienso estar una temporada larga en Washington o Nueva York. Lo he decidido. Buenas noches.

Y fue al dormitorio.

Necesitaba estar sola con sus pensamientos, sola quizá con su propio miedo.

Cuando apagó la luz, su cabeza aún desvariaba.

No pudo darse cuenta de que una sombra se deslizaba junto a la ventana. No pudo llegar a ver que aquella sombra, aquella cara era la de su propia madre.

CAPÍTULO XVIII

Algo le hizo despertar al cabo de unas horas. Era el rumor dulce, suave, casi insistente del agua.

La muchacha pensó maquinalmente: «Están regando».

Ya le había ocurrido una vez. Sintió el miedo hasta la médula de los huesos y era simplemente el jardinero que regaba los parterres. Por lo tanto, nada anormal ocurría.

Nada anormal... Nada anormal...

De pronto sintió otra vez en la espalda el frío de la muerte.

¿Regaban? Pero ¿cómo era posible? ¿Regaban de noche?

Porque al entreabrir los ojos se dio cuenta de que la envolvían las sombras. Aún no había amanecido, ni mucho menos. Miró hacia la ventana.

El agua caía a raudales. Una espesa cortina lo envolvía todo. Impedía ver a media docena de pasos.

Era una de las tormentas más impresionantes que había visto Mónica.

En el ambiente confortable de su dormitorio quizá aquello le hubiera gustado en otra ocasión, pero ahora le heló la sangre en las venas. No entendía aquella lluvia cuando había visto el cielo estrellado en el momento de acostarse. Bruscamente se puso en pie y se acercó a la ventana.

Más allá no se veía nada en absoluto.

La lluvia lo tapaba todo.

La muchacha sintió que las sienes le zumbaban horribilmente. Comprendió que necesitaba relajarse con una ducha fría. Fue hacia la puerta del contiguo cuarto de baño.

Y tuvo que pasar junto al cuadro de Millet, junto al cuadro de *La oración*.

Lo miró de soslayo.

Y tuvo un estremecimiento.

Porque ahora el cuadro... ¡no llevaba firma!

Mónica tuvo la sensación de estar alucinada. Lo miró dos veces. Y de pronto corrió hacia la puerta como si sintiera la muerte en los talones.

Necesitaba salir de allí.

Y al abrir la puerta vio la sombra. No sabía que era exactamente la sombra que Ingrid había visto antes de morir.

Era como una mancha negra.

Y en ella brillaba un cuchillo.

El golpe fue directo al corazón de Mónica, mientras ésta chillaba aterrorizada, pero sus reflejos funcionaron a pesar de la macabra situación. Logró pegarse a la pared. El cuchillo casi le acarició la piel, desgarrando la fina camisa con la cual dormía.

La luz era espectral.

Era esa luz gris-plata que flota en el aire de los mausoleos y de algunos depósitos de cadáveres.

Pero le permitía ver. Ahora los ojos de Mónica estaban completamente abiertos y todas las nieblas del sueño habían quedado atrás. Por lo tanto distinguió los relieves de la sombra, distinguió sus pupilas, distinguió los relieves de su boca. Vio la cara que jamás hubiera creído ver.

Tío Patrick movió el cuchillo de nuevo. Esta vez fue en línea recta en busca de su garganta.

El miedo de Mónica fue invencible, fue un miedo atroz, de esos que nublan la mirada y no permiten pensar, pero al menos no la inmovilizó. Mónica conservaba toda su rapidez de reflejos, toda la perfección de sus músculos. Saltó nuevamente de costado y cayó al suelo mientras el cuchillo le volvía a acariciar la piel.

Tío Patrick lanzó un gruñido.

Y Mónica se dio cuenta de que ya no habría piedad para ella. Ahora ya le había reconocido y sabía quién era. Ahora ella... ¡tenía que morir!

Sin embargo no todo estaba perdido. Mónica contaba con su agilidad de tigresa y con su cerebro que ahora funcionaba a la velocidad de un chispazo eléctrico. Comprendió que, si alcanzaba el fondo del pasillo, llegaría al comedor-salón, donde había una ventana. Desde allí podría saltar al jardín.

Patinó materialmente en aquella dirección, chocando con las

paredes. Llegó a lo que tenía que ser la puerta.

Y entonces captó una risita silenciosa, queda.

Una risita diabólica.

Porque tío Patrick sabía que ella ya no podría ir más allá. Porque en el lugar que tenía que ocupar la puerta se encontraba un sólido muro de ladrillo. Porque allí terminaba el mundo para ella. Y empezaba la muerte.

Ahora sí que los músculos de Mónica fallaron de verdad. En este momento crucial las fuerzas parecieron abandonarla.

Porque tuvo la sensación de que se había vuelto loca. Era imposible que ella no conociera su propia casa. Era completamente absurdo que encontrase un muro... ¿donde ella sabía que tenía que haber una puerta!

La risita volvió a repetirse.

Ella se dio cuenta de que estaba acorralada.

Pero un ser humano aún sigue teniendo reservas morales cuando lo cree todo perdido, cuando las manos de la muerte han caído sobre él. Mónica, en lugar de estarse quieta y recibir la cuchillada que la clavaría materialmente en la pared, aún tuvo fuerzas para lanzarse hacia adelante y llegar de nuevo hasta su dormitorio. Tío Patrick le asestó una cuchillada al pasar.

Esta vez no falló.

Con el golpe seco y el giro que imprimió al cuchillo hubiera arrancado materialmente el hígado de Mónica. Era un golpe mortal lanzado con toda la mala sangre.

Pero la muchacha se había cubierto aquella parte con el codo derecho, como los boxeadores se cubren ante un rival zurdo. El resultado fue que la hoja de acero le recorrió el antebrazo y casi le desarticuló el codo, pero no le alcanzó ninguna parte vital. Además, Mónica no sintió dolor.

No es extraño, puesto que muchas veces las heridas, en el ardor de la pelea, no se notan hasta unos instantes después. Pero se dio cuenta con desesperación de que volvía a estar acorralada y de que ahora todo dependía de sus piernas.

Saltó febrilmente hacia su dormitorio.

Llegó a él.

Allí estaba la ventana por la que podría huir. La ventana que daba al jardín. Allí estaba la salvación..., la vida...

Se lanzó en tromba contra los cristales.

Partículas de éstos se clavaron en su rostro. Fue entonces cuando el codo empezó a dolerle intensamente y la muchacha pensó que aquello era el fin. Pero sus energías se centuplicaron a causa de la angustia.

Ya estaba fuera.

Ya había llegado al jardín.

¿El jardín?

La tromba de agua dio en su cara, en sus ojos.

Le impedía ver.

Pero aquello no era el jardín. La muchacha acababa de saltar del dormitorio hacia un sitio que conocía perfectamente, y sin embargo... ¡no estaba en aquel sitio! ¡Se encontraba en un lugar completamente distinto!

Miró atónita en torno suyo.

Sintió el horror en el fondo de sus ojos, de sus entrañas.

Porque el sitio en que estaba era un patio muy estrecho, tan estrecho que apenas cabía su cuerpo entre la ventana del dormitorio y la pared lisa que lo limitaba. Por aquel espacio tan exiguo se desplomaba sobre ella una tromba de agua que venía de unas gruesas tuberías situadas arriba y desaparecía luego por unos enormes desagües. La tromba de líquido que estaba cayendo impedía ver desde el dormitorio que la ventana no daba al jardín. Desde el dormitorio cualquiera creía estar viendo una horrrisóna tempestad. Para que la sensación de realidad fuera más intensa, unas luces parpadeantes se unían a la tromba de agua, dando la impresión de relámpagos. Clavadas en la lisa pared unas ramas sueltas, hechas con plástico, podían dar la sensación de ramas de árboles que se movían, agitadas por el viento, hasta rozar los cristales de la ventana.

La muchacha no sentía ya ni la presión del agua.

No sentía ya dolor.

Lo único que notaba era una pena infinita, una angustia total. Y una desorientación tan intensa que llegaba a ahogarla. Porque si ella había saltado desde su dormitorio al jardín, y el jardín no existía, ¿dónde estaba? ¿En qué lugar del infierno se había metido? ¿O es que quizá ella se había vuelto loca?

Hay momentos en que la curiosidad es más intensa que el miedo

a la muerte. Hay momentos en que una persona, aunque sepa que va a morir, quiere *saber*.

Además a Mónica no le quedaba ninguna opción.

No tenía escapatoria. Tenía que regresar al dormitorio.

Pasó otra vez por entre los cristales rotos mientras la sangre goteaba desde su codo.

Allí estaba tío Patrick. Allí estaba mirándola fijamente, con el enorme puñal ensangrentado en la derecha.

Mónica ya no se resistió.

Solamente dijo con una voz lenta y amarga:

—Tú has ganado, tío Patrick. No pienso huir, no pienso hacer nada por defenderme. Pero antes de morir quiero *saber*...

—¿Saber qué?

—Por ejemplo, dónde estoy. Éste es mi dormitorio, sin duda alguna. Reconozco las ropas, la cama, la mesilla... Y sin embargo no da al jardín. ¡Está situado en un sitio completamente distinto! ¿Por qué?

El volvió a reír queda y silenciosamente.

—Bueno... —dijo—, no tan distinto. Realmente, estás debajo de tu verdadero dormitorio.

—¿Debajo?

—Sí. El suelo, dejando tres palmos a cada lado, junto a la pared, se hunde lenta y silenciosamente. Una persona que está dormida ni lo nota. O sea que bajan el suelo, la cama, la mesilla, todo... Luego un techo exactamente igual al que tienes arriba lo cubre todo con el mayor silencio. Es un trabajo muy difícil y muy costoso que hice realizar por unos expertos venidos de Nueva York aprovechando uno de tus viajes. Formaban parte del grupo de expertos que han realizado las instalaciones subterráneas del Pentágono para caso de ataque nuclear. Allí hay varias habitaciones similares a ésta. Por supuesto que este cuarto tiene en las paredes la misma decoración que el de arriba, pero..., pero había un solo detalle. La verdad fue que no me fijé en él. Para la decoración compré dos reproducciones de un cuadro de Millet que eran exactamente iguales. Pero a una de ellas le faltaba la firma.

Volvió a emitir otra vez una risita silenciosa y añadió:

—También había otro posible fallo, como el del consumo de electricidad aunque las luces de «arriba» estuvieran apagadas y los

aparatos no funcionaran. Porque se consume continuamente electricidad para el enorme frigorífico en el que están los cadáveres de Ingrid y de tía Evelyn, en espera de que pueda trasladarlos a algún sitio seguro. Confiaba en que nadie se fijaría en eso, pero la condenada de Ingrid se fijó. Y confió las sospechas a su novio, de modo que a partir de aquel momento supe que eran demasiado peligrosos los dos. Por lo tanto, tenían que morir.

—Pero..., pero si Ingrid confió esas sospechas a su novio dentro de un coche, ¿cómo lo supiste tú?

—Por medio de unos micros y una cinta magnetofónica escondidos en la tapicería. Ninguna conversación de Ingrid me era desconocida. Yo lo sabía todo.

—Pero entonces... —dijo la aterrorizada Mónica—, cuando yo creí soñar que vela matar a tía Evelyn la..., la vi matar de verdad...

—Oh, claro que sí... —dijo Patrick con un cinismo casi elegante—. Pero la cosa tiene sus complicaciones y requiere una explicación. Debo decirte en primer lugar que tu madre no mató a nadie, pero combiné las pruebas contra ella, después de administrarle unas drogas que le produjeron un estado crepuscular casi angustiados. Durante mucho tiempo ni ella misma supo si había realmente matado o no. Pude hacerla encerrar en el manicomio, donde pensaba que estuviera toda la vida. Sin embargo, como presentaba síntomas de curación muy claros y temí que la sacasen, colgué un cadáver en el bosque del mismo manicomio, el cadáver de un hombre que había servido de testigo contra ella, y cuyo descubrimiento acarrearía para tu madre un nuevo examen psiquiátrico, una nueva acusación y una reclusión de por vida, con lo cual la eliminaba mejor que si estuviese muerta. Sin embargo, fue casualmente ella la que descubrió aquel cadáver y consiguió sepultarlo, valiéndose simplemente de una cuchara. Una mujer aterrorizada puede hacer milagros. Quizá tu madre se dio cuenta de lo que aquello podía significar para ella.

—¿Dices que colgaste un cadáver allí? Pero... pero ¿cómo es posible? ¡Si allí no se puede entrar...!

—No es tan difícil si la operación se hace de noche y desde un helicóptero —dijo Patrick con la mayor calma—. No olvides que soy un aviador muy experto.

Acercó tanto el cuchillo a Mónica que hasta pudo limpiar la

sangre en sus ropas y añadió:

—Necesitaba eliminar a tu madre porque ella era la heredera de tía Evelyn, mi mujer.

—Pero a tía Evelyn..., ¿la tenías encerrada aquí abajo?

—Sí. Verdaderamente esta especie de celda absolutamente segura e insonorizada la creé para ella. Fingí su muerte provocando aquel accidente en la avioneta, sabiendo que los cadáveres quedarían irreconocibles, con lo cual estaba absolutamente seguro de que no volvería a buscarla nadie.

—No lo entiendo... ¿Por qué la tenías encerrada aquí? ¿Por qué no la mataste?

—Oh, claro que pensaba matarla, pero a su tiempo. Mientras tanto, me convenía más que estuviese viva. Cada vez que necesitaba un documento para administrar su fortuna, documento que podía ser un cheque, un poder, una carta o una autorización, se lo hacía firmar a ella y lo presentaba diciendo que lo había encontrado entre sus papeles viejos. Un par de veces, por pura rutina, comprobaron la firma y vieron que era auténtica. No hubo problemas jamás. Ya sé que me dirás que las autorizaciones de una persona no tienen efecto cuando ésta muere, pero yo las había redactado de forma que incluso sirvieran como acto de última voluntad. De ese modo he vivido opíparamente durante un tiempo, siendo dueño de una fortuna, mientras preparaba lo de tu madre e incluso *pensaba algo* para ti, que tienes también una gran fortuna destinada a pasar a mi poder si te ocurre algo. No tenía prisa, ¿sabes? Pero una noche los acontecimientos se precipitaron.

—¿Se precipitaron? ¿Cómo?

—Tía Evelyn descubrió el modo de hacer descender tu cama desde abajo. Chillar o golpear era inútil porque todo estaba perfectamente insonorizado, pero en cambio una noche... ¡tú bajaste sin darte cuenta! Aquello podía ser el fin para mí, de modo que la exterminé. Tú no lo hubieras ni sospechado, porque tienes un sueño muy profundo, pero a aquella hora sonó el despertador. Tenías que tomar unas pastillas. Lo viste todo, condenada bruja: viste este cuarto, viste la lluvia... ¡podías saberlo todo, pero conseguí hacerte creer que soñabas! No me interesaba aún matarte. Necesitaba tiempo... Necesitaba comprometer a tu madre... Por eso me puse unos zapatos de mujer cuando maté al novio de Ingrid

aquella noche. Necesitaba que se diesen cuenta de que tu madre lo había hecho... Ella salía del manicomio con cierta frecuencia y yo podía demostrarlo. La había fotografiado.

El cuchillo trazó ahora un leve, un suave y siniestro zigzag.

—Ahora ya sabes demasiadas cosas, Mónica —bisbiseó—. No sé aún cómo justificaré tu muerte, pero ya, se me ocurrirá algo. Lo que puedo asegurarte es que nadie descubrirá tu cadáver. Y en cuanto a ese imbécil que ha tratado de protegerte otras veces, ese tal Flint... ¡también morirá! ¡No dejaré que investigue! ¡No consentiré que se interponga en mis planes!

Fue a lanzar la cuchillada mortal. Mónica ya no se resistía. Mónica, sencillamente, había cerrado los ojos y estaba llorando. Aquello era el fin.

Y entonces el techo empezó a abrirse en dos mitades, corriendo silenciosamente hacia los lados.

Los dos miraron hacia arriba ansiosamente, con la sorpresa retratada en sus rostros.

Vieron el auténtico techo del dormitorio, dos pisos más arriba, y vieron también al hombre que saltaba desde el borde del suelo antes de que éste desapareciese. Fue la muchacha quien gimió:

—¡Flint!

Flint se lanzó desde arriba. Patrick envió una desesperada cuchillada tratando de alcanzarle el corazón.

No podía negarse que era un experto. Casi lo consigue.

Pero Flint también se las sabía todas y pudo esquivar con facilidad. Chocó contra la pared. Atacó...

El primer golpe fracturó la mandíbula de Patrick. Fue un impacto de campeón, un impacto de *K.O.*, en un combate de pesos máximos. El segundo golpe por poco le rompe la carótida. Flint lo envió luego de un puntapié al otro lado de la pieza.

Pero no hacía falta ya ni eso.

Patrick estaba sin sentido. Era ya como un guiñapo a disposición de la policía. No era ya un hombre, sino un reo. Un condenado.

Mónica, gimiendo, cayó en brazos de Flint. Aún no podía creer que aquello fuese cierto. Aún pensaba que tenía que morir.

—El detalle que me bailaba en la memoria era el de la cuerda de la que colgaba aquel muerto en el manicomio —musitó Flint—. Era un cable de seda trenzada como los que se emplean en los

aeroclubs. Tu madre no podía haberlo conseguido en ninguna parte, y en cambio tío Patrick sí. Aquél había sido un fallo que tardé en advertir. Por fortuna, me he dado cuenta a tiempo. Y al entrar por la ventana de tu dormitorio y verlo vacío, sin cama siquiera, he empezado a pensar en algo diabólico. Y he buscado a fondo en la instalación eléctrica...

Soltando a la muchacha tras besarla en la mejilla, buscó un botón oculto en el zócalo. Estaba exactamente en el mismo sitio que en el dormitorio superior. Había que hacerlo funcionar con un cierto ritmo, pues no bastaba con tocarlo simplemente, pero ese ritmo ya lo había descubierto Flint. Con el techo abierto, todo el dormitorio subió lenta y silenciosamente.

—Prefiero que Patrick esté vivo porque sus declaraciones salvarán a tu madre —dijo Flint mientras salían estrechamente enlazados al jardín—. Tu madre no ha dejado de vigilarte y protegerte a su manera durante este tiempo. Y ahora voy a telefonar a la policía. No puedo perder un minuto.

Fue a alejarse de nuevo, pero ella le retuvo dulcemente apoyándose en su pecho.

—No te vayas aún, Flint —musitó—. Estate un minuto más conmigo. Tengo miedo...

—¿Miedo por qué?

Ella alzó su cara hacia él, su cara de felicidad salpicada de finas gotitas.

—Por una sencilla razón —musitó volviendo a apretarse contra Flint—. Porque llueve...

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



NOTAS

[1] En efecto, la psiquiatría es uno de los mejores negocios médicos que existen actualmente en los Estados Unidos, empleando la palabra negocio en un digno sentido. Las familias pudientes tienen su psiquiatra fijo, como una especie de médico de cabecera, y le consultan continuamente. Cualquier problema familiar o de educación de los hijos suele terminar en el consultorio de un psiquiatra. Los problemas sexuales de los matrimonios proporcionan una nutridísima clientela, así como los hombres de negocios que padecen «stress». No hablemos de las agencias matrimoniales que emplean psiquiatras ni de las oficinas gubernativas que los tienen incluso en las Embajadas. Ésta es una tendencia cada vez más extendida, y los partidarios de la visita frecuente al psiquiatra, suelen decir, sin que les falte razón, que la «mens sana corpore sano» tiene dos partes, de las cuales en Europa sólo nos ocupados de una, el «corpore sano». (N. del A.). < <